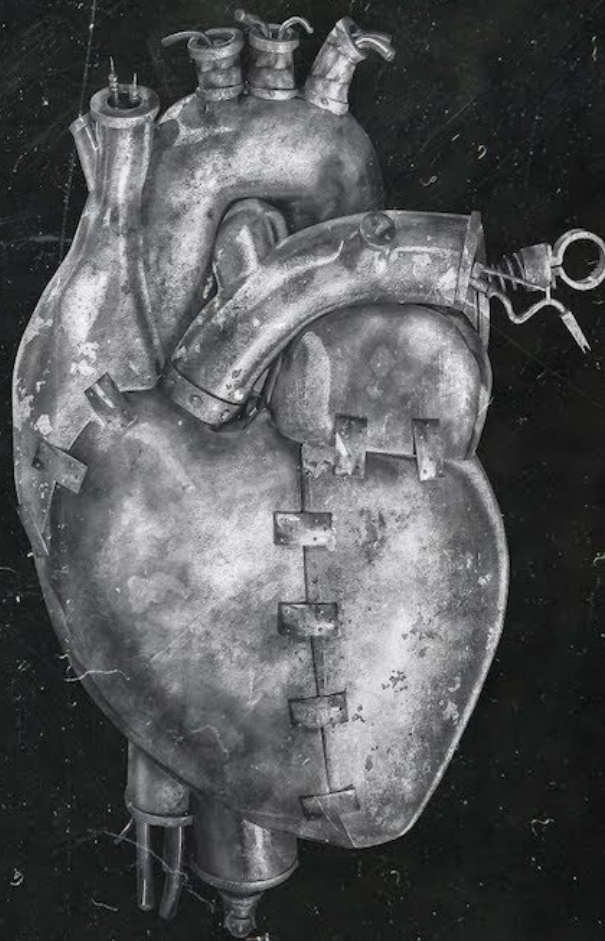


Material Discipulado
Iglesia el Centro

FÁBRICA DE IDOLOS



***Recurso adaptado por Pastor Rodolfo Tapia para
uso de discipulado en Iglesia El Centro, Viña del
Mar. Use este material en Grupo pequeño o
discipulado personal con previa autorización.***

www.centroenlinea.com

Introducción

La fábrica de ídolos

En este mundo, hay más ídolos que realidades.

– Friedrich Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos*

Los ídolos del corazón

Hace mucho tiempo, el apóstol Pablo escribió que la codicia no era simplemente una mala conducta, sino que la avaricia es “idolatría” (Colosenses 3:5). Según advertía Pablo, el dinero puede revestirse de atributos divinos, por lo cual la relación que mantengamos con él se aproxima a la adoración y al acatamiento.

El dinero puede convertirse en una adicción espiritual y, como todas las adicciones, oculta a sus víctimas sus verdaderas proporciones. Cada vez corremos mayores riesgos para obtener una satisfacción menor de las cosas que anhelamos, hasta que se produce una catástrofe. Cuando empezamos a recuperarnos, nos preguntamos: “¿En qué estábamos pensando? ¿Cómo es posible que hayamos estado tan ciegos?” Nos despertamos como las personas con resaca, que apenas recuerdan lo sucedido la noche anterior. Pero, ¿por qué? ¿Por qué actuamos tan irracionalmente? ¿Por qué perdimos de vista por completo lo que es correcto?

La respuesta de la Biblia es que el corazón humano es una “**fábrica de ídolos**”. Cuando la mayoría de personas piensa en los “ídolos”, tienen en mente estatuas físicas... o la estrella del pop del momento. Sin embargo, aunque la adoración tradicional a los ídolos sigue teniendo lugar en muchos lugares de este mundo, la pleitesía interior a los ídolos, la que se rinde dentro del corazón, es universal. En Ezequiel 14:3, Dios dice, hablando de los líderes de Israel: “Estos hombres han puesto sus ídolos en su corazón”. Como lo haríamos nosotros, los líderes debieron responder así a esa acusación: “¿Ídolos? ¿Qué ídolos? ¡Yo no veo ningún ídolo!”.

Lo que Dios estaba diciendo es que el corazón humano toma cosas buenas, como una carrera de éxito, el amor, los bienes materiales e incluso la familia, y las convierte en **esenciales**. Nuestros corazones las deifican como el centro de nuestras vidas, porque pensamos que, si las alcanzamos, pueden ofrecernos trascendencia y seguridad, tranquilidad y plenitud.

Todo puede ser un ídolo

Hoy día, muchas personas están más abiertas al concepto bíblico de que el dinero puede convertirse en mucho más que en eso. Puede transformarse en un dios poderoso que altere la vida, que dé forma a la cultura, un ídolo que rompa el corazón de sus adoradores. La mala noticia es que estamos tan pendientes del problema de la codicia, que solo nos fijamos en “esos ricos que deslumbran”, sin percibir la verdad más esencial. Todo puede convertirse en un ídolo y casi cualquier cosa ya ha sido un ídolo.

El código moral más famoso del mundo son los Diez Mandamientos. El primer mandamiento es “Yo soy Jehová tu Dios... No tendrás dioses ajenos delante de mí” Éxodo 20:2-3. Esto nos lleva de forma natural a la pregunta: “¿Qué quieres decir con lo de «dioses ajenos»?». La respuesta es inmediata: “No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra.

No te inclinarás a ellas, ni las honrarás...” Éxodo 20:4-5.

¡Esto incluye todo lo que hay en este mundo! La mayoría de personas que conoces pueden convertir al dinero en un dios o elevar el sexo a la categoría de divinidad. Sin embargo, cualquier cosa de esta vida puede ejercer de ídolo, de alternativa a Dios, de dios fraudulento.

Las cosas sobre las que edificamos nuestra felicidad a menudo se convierten en polvo entre nuestros dedos, *porque* ahí fundamentamos nuestra felicidad. Y estamos hablando de *cosas legítimas* y positivas que tienen el poder de convertirse en *algo supremo*. Pero los dioses falsos siempre decepcionan y, a menudo, destructivamente.

El error frecuente que cometemos las personas cuando oímos hablar del concepto bíblico de la idolatría es pensar que los ídolos son cosas malas, pero casi nunca es así. Cuanto mejores sean, más probable es que esperemos que puedan satisfacer nuestras necesidades y anhelos más profundos. Todo puede funcionar como un dios falso, en especial las mejores cosas de esta vida.

Cómo fabricar un dios

¿Qué es un ídolo? Es algo que es más importante para usted que Dios, cualquier cosa que captive su corazón y su imaginación más que Dios, cualquier cosa que espere que le proporcione lo que solamente Dios puede darle.

Un dios falso es algo tan crucial y esencial para su vida que, si lo perdiese, esta carecería de sentido. Un ídolo ocupa una posición de control tan fuerte en su corazón de forma que invierte en él la mayor parte de su pasión y su energía, sus recursos emocionales y económicos, sin pensárselo dos veces.

Puede ser la familia y los hijos, la carrera profesional y ganar dinero, los

éxitos y el aplauso de los demás, o guardar las apariencias y conservar la posición social. Puede tratarse de una relación sentimental, la aprobación de nuestros iguales, la competencia y la capacidad, unas circunstancias seguras y cómodas, su belleza o su intelecto, una gran causa política o social, su moral y su virtud o incluso el éxito en el ministerio cristiano.

Cuando el sentido de su vida consiste en arreglar la vida de otros, podemos llamarlo “codependencia”, pero en realidad es idolatría. Un ídolo es cualquier cosa en la que fije su vista y diga, en lo más íntimo del corazón: “Si consigo eso, mi vida tendrá sentido. Entonces, sabré que tengo un valor, me sentiré importante y seguro”. Existen muchas maneras de describir ese tipo de relación con algo, pero quizá la palabra que mejor la exprese sea adoración.

Los paganos de la antigüedad no fueron muy fantasiosos cuando concibieron que prácticamente cualquier cosa era un dios. Tenían divinidades del sexo, del trabajo, de la guerra, del dinero; y esto por la simple razón de que cualquier cosa puede convertirse en un dios que gobierne y sirva como objeto de adoración en el corazón de un individuo o en la vida de todo un pueblo. Por ejemplo, la belleza física es agradable, pero si se la “deifica”, si se convierte en lo más importante de la vida de una persona o de una cultura, el resultado final no es la mera belleza, sino una Afrodita. Entonces, verá cómo un pueblo, y toda una cultura, se angustia constantemente por el aspecto físico, invirtiendo cantidades ingentes de tiempo y de dinero en él, y utilizándolo neciamente para evaluar el carácter de las personas. Si cualquier cosa se vuelve más fundamental que Dios para su felicidad, el sentido de su vida y su identidad, entonces es un ídolo.

El concepto bíblico de la idolatría es una idea extremadamente sofisticada, que integra categorías intelectuales, psicológicas, sociales, culturales y espirituales. Existen ídolos personales, como el amor romántico y la familia; o el dinero, el poder y el éxito; o el acceso a círculos sociales particulares; o la dependencia emocional que otros tienen de usted; o la salud, la forma física y la belleza. Muchos aspiran a estas cosas para que les den la esperanza, el sentido y la plenitud que sólo Dios puede proporcionar.

Existen ídolos culturales, como el poderío militar, el progreso tecnológico y la prosperidad económica. Los ídolos de las sociedades tradicionales incluyen la familia, el trabajo duro, el deber y la virtud moral, mientras que los de las sociedades occidentales son la libertad individual, el descubrimiento de uno mismo, la prosperidad y la realización personales. Todas estas cosas pueden adoptar, y adoptan, un tamaño y un poder desproporcionados dentro de una sociedad. Nos prometen seguridad, paz y felicidad; sólo tenemos que fundamentar nuestras vidas en ellas.

También hay ídolos, valores absolutos innegociables, en todos los campos vocacionales. En el mundo empresarial, la expresión de uno mismo queda suprimida en aras del valor último, el beneficio. Sin embargo, en el mundo del arte sucede exactamente lo contrario. Todo se sacrifica en el altar de la autoexpresión y se hace en nombre de la redención. Se piensa que esto es lo que raza humana necesita por

encima de todo lo demás. Hay ídolos por todas partes.

Ame, confíe y obedezca

La Biblia usa tres metáforas básicas para describir cómo se relacionan las personas con los ídolos de sus corazones. Aman a los ídolos, confían en ellos y los obedecen.

En ocasiones, la Biblia habla de los ídolos usando una metáfora matrimonial.

Dios debería ser nuestro verdadero esposo, pero, cuando deseamos otras cosas y nos deleitamos en ellas más que en Dios, cometemos un adulterio espiritual. El romance o el éxito pueden convertirse en “falsos amantes” que prometen hacernos sentir amados y valorados. Los ídolos capturan nuestra imaginación y podemos localizarlos si nos fijamos en nuestras costumbres cotidianas. ¿Qué nos gusta imaginar? ¿Cuáles son nuestros sueños más preciados? Pedimos a nuestros ídolos que nos amen, que nos proporcionen valor y autoestima, importancia y dignidad.

A menudo, la Biblia habla de los ídolos usando la metáfora de la religión. Dios debería ser nuestro auténtico Salvador, pero pretendemos que el progreso personal o la prosperidad económica nos ofrezcan la paz y la seguridad que necesitamos. Los ídolos nos ofrecen la sensación de tener el control y podemos localizarlos si nos fijamos en nuestras pesadillas. ¿Qué es lo que más tememos? ¿Qué haría que, en caso de perderlo, nuestra vida no valiera la pena? Hacemos “sacrificios” para aplacar y propiciar a nuestros dioses, quienes, según pensamos, nos protegerán.

Esperamos que nuestros ídolos nos ofrezcan confianza y seguridad.

La Biblia también habla de los ídolos usando la metáfora de la política. Dios debería ser nuestro único Señor, pero nosotros también servimos aquello que amamos y en lo que confiamos. Todo lo que se vuelve más importante e innegociable que Dios se convierte en un ídolo esclavizante. Según este paradigma, podemos detectar a los ídolos observando cuáles son nuestras emociones más sólidas.

¿Qué nos pone incontrolablemente furiosos, ansiosos o abatidos? ¿Qué nos tortura con una culpabilidad de la que no podemos librarnos? Los ídolos nos controlan, dado que sentimos que, si no los tenemos, la vida carece de sentido.

Todo lo que nos controla es nuestro señor. El que busca el poder está controlado por él. Quien busca la aceptación está dominada por las personas a las que intenta complacer. Estamos controlados por el señor de nuestras vidas.

Lo que muchas personas tildan de “problemas psicológicos” no son más que sencillas cuestiones de idolatría. El perfeccionismo, la adicción al trabajo, la indecisión crónica, la necesidad de controlar las vidas de otros, son cosas que se dan

cuando convertimos algo bueno en ídolos que, entonces, nos hacen caer de rodillas en un intento de complacerlos. Los ídolos dominan nuestras vidas.

La oportunidad del desencanto

Como hemos visto, existe una enorme diferencia entre la tristeza y la desesperación, dado que esta última es una tristeza insoportable. En la mayoría de los casos, la diferencia entre ambos es la idolatría. Un empresario coreano se quitó la vida después de perder la mayor parte de una inversión por el valor de 370 millones de dólares. “Cuando el mercado de valores nacional cayó por, dejó de comer y se pasó varios días consumiendo alcohol, hasta que al final decidió suicidarse”, declaró su esposa a la policía.

A la mitad de la gran crisis económica de 2008-2009, escuché que un hombre llamado Bill contaba cómo tres años antes se había convertido al cristianismo, y que su seguridad última había pasado de estar en el dinero a centrarse en su relación con Dios por medio de Cristo. “Si esta debacle económica se hubiera producido hace más de tres años... bueno, la verdad es que no sé cómo la hubiera superado, cómo habría logrado seguir adelante. Le puedo decir sinceramente que nunca en mi vida había sido tan feliz como ahora”.

Aunque pensamos que vivimos en un mundo secular, los ídolos, los relucientes dioses de nuestra época, ostentan sus derechos a la confianza de nuestros corazones. Dado que la economía mundial está en ruinas, muchos de los ídolos a los que llevamos tantos años adorando se han venido abajo a nuestro alrededor. **Esta es nuestra gran oportunidad.** Estamos experimentando un periodo breve de “desencanto”. En los relatos de antaño, este era el momento en que se rompía el conjuro lanzado por el malvado hechicero y el protagonista tenía ocasión de escapar. Esta situación muy raras veces afecta a toda una sociedad.

El camino hacia delante, el que nos saca de la desesperación, consiste en discernir los ídolos de nuestro corazón y de nuestra cultura. Pero eso no bastará. La única manera de librarnos de la influencia destructiva de los dioses falsos es volvernos al único verdadero. El Dios vivo, que se reveló tanto en el monte Sinaí como en la cruz, es el único Señor que, si le encuentra, puede llenarle de verdad y, si usted le falla, puede perdonarle genuinamente.

Todo lo que siempre has querido

Lo peor que puede pasar

La mayoría de personas se pasa la vida intentando hacer realidad los deseos más profundos de su corazón. ¿Acaso la vida no consiste en esto, en “la búsqueda de la felicidad”? Nunca dejamos de buscar maneras de adquirir las cosas que necesitamos y estamos dispuestos a sacrificar mucho para conseguirlas. Nunca imaginamos que obtener los anhelos más profundos de nuestro corazón pueda ser lo peor que nos puede pasar en esta vida.

Conocí a una mujer soltera, que quería desesperadamente tener hijos. Al final, se casó y, contrariamente a las expectativas de sus médicos dada la edad de la madre, pudo dar a luz dos niños sanos. Pero sus sueños no se hicieron realidad. Su impulso abrumador de dar a sus hijos una vida perfecta impidió que pudiera disfrutar de ellos. Su sobreprotección, sus temores y sus ansiedades, así como su necesidad de controlar hasta el último detalle de la vida de sus hijos, hizo que su familia padeciera las consecuencias. El hijo mayor tenía un rendimiento muy bajo en la escuela y evidenciaba síntomas de graves problemas emocionales. El hijo menor estaba dominado por la ira. Es muy probable que el impulso que sentía esta madre de ofrecer a sus hijos una vida maravillosa, sea en realidad lo que acabe arruinándosela. Es posible que obtener el deseo de su corazón haya sido lo peor que le haya pasado en esta vida.

La inevitabilidad de la idolatría

¿Cómo es posible que sea tan catastrófico obtener los deseos de nuestro corazón? En el libro de Romanos, el apóstol Pablo escribió que una de las peores cosas que Dios puede hacerle a una persona es entregarla a los deseos de su corazón (Ro. 1:24). ¿Por qué el máximo castigo imaginable consiste en permitir que alguien alcance el sueño que más ansía? Se debe a que nuestros corazones convierten en ídolos esos deseos.

En este mismo capítulo, Pablo resumió la historia de la raza humana en una sola frase: “honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador” (Ro. 1:25). Todo ser humano debe vivir por algo. Siempre tiene que haber algo que capture nuestra imaginación, la lealtad más fundamental de nuestros corazones y nuestras esperanzas. Pero, como nos dice la Biblia, sin la intervención del Espíritu Santo, ese objeto nunca será el propio Dios.

Si esperamos que alguna cosa creada nos dé el sentido, la esperanza y la felicidad que sólo puede darnos Dios, al final no conseguirá hacerlo y nos romperá el corazón. Aquella mujer, que estaba arruinando las vidas de su familia, no es que

“amara demasiado a sus hijos”, sino que más bien amaba a Dios demasiado poco en relación a ellos. Como resultado, sus hijos –dioses- se vieron aplastados por el peso de las expectativas de su madre.

Dos filósofos judíos que conocían a fondo las Escrituras llegaron a esta conclusión: “El principio central... de la Biblia es el rechazo de la idolatría”. La Biblia, por lo tanto, está repleta de una historia tras otra que habla de las innumerables formas y los efectos devastadores de la adoración a los ídolos. Todo dios falso al que un corazón elija (sea el amor, el dinero, el éxito o el poder) afectará nuestras vidas, la biblia tiene una historia para cada uno de ellos.

Uno de los personajes centrales de la Biblia es Abraham. Como la mayoría de los hombres de la antigüedad, deseaba un hijo que pudiera llevar su nombre. Sin embargo, en el caso de Abraham aquel deseo se había convertido en el más profundo de su corazón. Por último, más allá de toda esperanza, Dios le dio un hijo. Ahora disponía de todo lo que deseaba. Entonces, Dios le pidió que renunciara a él.

El llamamiento de Abraham

Según la Biblia, Dios acudió a Abraham y le hizo una promesa impresionante. Si Abraham le obedecía fielmente, Dios bendeciría a todas las naciones de la Tierra por medio de él y de sus descendientes. No obstante, para que sucediera esto Abraham tenía que irse. “Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré” Gn. 12:1-3. Dios llamó a Abraham a que dejase atrás todo lo que conocía (sus amigos, buena parte de su familia y lo que según él le ofrecía seguridad, prosperidad y paz) y se marchara a lo desconocido, sin tener idea de su destino. Dios le pidió que, por amor a Él, abandonase casi todas las esperanzas y las cosas mundanales que desea el corazón de un ser humano.

Y Abraham lo hizo. Fue llamado a “marcharse” y se fue, “sin saber a dónde iba” Hebreos 11:8. Sin embargo, mientras que el llamado de Dios le exigió que abandonara todas sus otras esperanzas, también le dio una nueva. La profecía decía que las naciones de la Tierra serían benditas por medio de su familia, “tu descendencia” (Gn. 12:7). Eso suponía que tendría hijos. Sara, la esposa de Abraham, no había podido concebirlos. Hablando en términos biológicos, tener hijos parecía una meta imposible. Pero Dios prometió que Abraham tendría un hijo.

Sin embargo, a medida que pasaban los años la promesa divina cada vez costaba más de creer. Por fin, cuando Abraham tuvo más de cien años, y Sara más de noventa (Gn. 17:17; 21:5), ella dio a luz a un hijo, Isaac. Era evidente que se trató de una intervención divina, de modo que el nombre de Isaac significa “risa”, una referencia tanto a la alegría de sus padres como a su dificultad para creer que Dios les daría aquello que les había prometido.

Los años de espera atribulada habían pasado factura, como puede atestiguar

cualquier pareja que tenga problemas de infertilidad. Aquellas demoras casi inacabables refinaron la fe de Abraham, un proceso tremendamente importante. No obstante, los años de infertilidad también tuvieron otro efecto.

Nadie había deseado un hijo más que Abraham. Había renunciado a todo lo demás para esperar su llegada. Cuando naciera su hijo, sentía él, su comunidad vería por fin que no había sido un necio al renunciar a todo para confiar en la palabra de Dios. Entonces, dispondría ya de un heredero, un hijo a su semejanza, algo que deseaban todos los patriarcas de Oriente Medio. Había aguardado, se había sacrificado y, por fin, su esposa había tenido un hijo ¡y era un varón!

Pero ahora la pregunta era: ¿había estado esperando y sacrificándose por Dios, o por el muchacho? ¿Dios era algo más que un medio para alcanzar un fin? ¿A quién había entregado de verdad Abraham su corazón? ¿Abraham tenía la paz, la humildad, el coraje y la firmeza incommovible de aquellos que confían en Dios antes que en sus circunstancias, en la opinión pública o en su propia competencia? ¿Había aprendido a confiar *sólo* en Dios, a amar a Dios por sí mismo y no solamente por lo que podía obtener de Él? No, todavía no.

El segundo llamamiento de Abraham

Cuando nuestra amiga Anna, aquella mujer que había anhelado tener hijos, se quedó por fin embarazada, pensó que, a partir de entonces, “vivirían felices para siempre”. Lamentablemente, eso no sucedió, como no suele pasar. Muchas parejas que desean hijos creen que tenerlos resolverá todos sus problemas, pero nunca es así.

Los lectores de Génesis 12–21 podrían pensar, de igual manera, que el nacimiento de Isaac sería el punto culminante y el último capítulo de la vida de Abraham. Su fe había triunfado. Ahora, podía morir feliz, habiendo cumplido el llamado de Dios para él de dejar su tierra natal y esperar que le naciese un hijo. Pero, entonces, para sorpresa nuestra, Abraham recibió otro llamado de Dios. Y no podía haber sido nada más demoledor.

Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré. (Génesis 22:2)

Aquella fue la prueba definitiva. Ahora, Isaac era todo para Abraham, como deja claro el llamado divino. No se refiere al muchacho diciendo “Isaac”, sino “tu hijo, tu único, a quien amas”. El afecto de Abraham se había convertido en adoración. Anteriormente, el sentido de la vida de Abraham había dependido de la palabra de Dios. Ahora, iba dependiendo cada vez más del amor y el bienestar de Isaac. El centro de la vida de Abraham se estaba desplazando. Dios no decía que no se pueda amar a los hijos, sino que no debemos convertir a un ser querido en un dios falso. Si alguien coloca a un hijo o hija en el lugar del Dios verdadero, crea un amor idólatra que asfixiará a los hijos y destruirá la relación con ellos.

El mandamiento espantoso

Abraham e Isaac. Por años con esta historia llegamos a la conclusión de que la fe es irracional y absurda. ¿Abraham pensó que aquella orden no tenía ningún sentido y contradecía todo lo que Dios le había dicho antes, pero, sin embargo, la cumplió?

¿Seguro que ese mandamiento fue totalmente irracional para Abraham? En una cultura individualista como la nuestra, la identidad y el valor que tiene un individuo suelen estar en función de sus capacidades y sus éxitos, pero en la antigüedad todas las esperanzas y los sueños de un hombre y de su familia descansaban sobre el hijo primogénito. La orden de sacrificar al primogénito sería como si un cirujano renunciara a la utilización de sus manos, o un artista visual perdiera el uso de sus ojos.

La Biblia afirma repetidamente que, debido al pecado de los israelitas, las vidas de sus primogénitos estaban condenadas automáticamente, aunque podrían ser redimidos por medio de los sacrificios regulares (Éx. 22:29; 34:20), del servicio en el tabernáculo entre los levitas (Nm. 3:40-41) o del pago de un rescate al tabernáculo y a los sacerdotes (Nm. 3:46-48). Cuando Dios trajo el juicio sobre Egipto por esclavizar a los israelitas, su castigo definitivo fue arrebatar las vidas de sus primogénitos. Las vidas de estos estaban condenadas debido a los pecados de las familias y de la nación. ¿Por qué? El hijo primogénito era la familia. Por lo tanto, cuando Dios dijo a los israelitas que la vida del primogénito le pertenecía a menos que se pagase un rescate, decía, de la forma más vívida posible en aquellas culturas, que cualquier familia de este mundo tenía una deuda pendiente con la justicia eterna: la deuda del pecado.

Todo esto es esencial para interpretar la orden que Dios dio a Abraham. Si Abraham hubiera escuchado una voz parecida a la de Dios que le dijera “Levántate y mata a Sara”, seguramente no lo habría hecho. Habría pensado, con razón, que era una alucinación, porque Dios no le iba a pedir que hiciera algo que contradecía claramente todo lo que había dicho sobre la justicia. Pero cuando Dios afirmó que lo que debía entregar era la vida de su único hijo, para él ésa no fue una petición irracional ni contradictoria. Fijémonos que Dios no le pedía que entrase en la tienda de Isaac y lo matara: le pidió que hiciera de él un sacrificio en el altar. Reclamaba el pago de la deuda de Abraham. Su hijo moriría por los pecados de la familia.

El camino a las montañas

Aunque la orden de Dios era comprensible, eso no hacía que fuera menos espantosa. Abraham se enfrentaba con un problema último: “Dios es santo. Nuestro pecado significa que la vida de Isaac está condenada. Sin embargo, Dios también es un Dios de gracia. Ha dicho que quiere bendecir al mundo por medio de Isaac.

¿Cómo es posible que Dios sea santo y justo y, aun así, cumpla en su gracia su promesa de salvación?”. Abraham no lo sabía, pero fue.

¿Cómo se obligó Abraham a subir a las montañas obedeciendo al llamado de Dios? La magnífica narrativa hebrea nos ofrece indicios emocionantes. Abraham dijo a sus siervos que “volveremos a vosotros” (Gn. 22:5). Es improbable que tuviese una idea precisa de lo que haría Dios, pero Abraham no subió al monte diciendo “puedo hacerlo”, lleno de fuerza de voluntad y confiado en sí mismo. Más bien, ascendió diciendo: “Dios lo hará... pero no sé cómo”. ¿Qué haría Dios? De alguna manera, Dios cancelaría la deuda de los primogénitos manteniendo al mismo tiempo la promesa de la gracia.

Abraham no se limitaba a ejercer una “fe ciega”. No estaba diciendo: “Esto es una locura, es un asesinato, pero, a pesar de todo, lo haré”. En lugar de eso, decía: “Sé que Dios es tan santo como misericordioso. No sé cómo podrá ser ambas cosas, pero sé que lo hará”. Si no hubiera creído que estaba en deuda con un Dios santo, habría estado demasiado furioso como para subir al monte. Pero si no hubiera creído también que Dios era un Dios de gracia, se habría sentido demasiado abatido y desesperanzado como para subir; se hubiera tumbado a esperar la muerte. Pero como sabía que Dios era tanto santo como amoroso, pudo poner un pie delante del otro para subir a aquel monte.

Por fin, Abraham y su hijo vieron el lugar destinado al sacrificio. Cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña. Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. (Génesis 22:9-10)

Pero, en aquel mismo instante, la voz de Dios descendió hasta él desde los cielos: “¡Abraham, Abraham!”.

“Heme aquí”, respondió desde el precipicio.

“No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único” v. 12. Y, en aquel momento, Abraham vio un carnero atrapado por los cuernos en un arbusto. Abraham desató a Isaac y sacrificó al animal en lugar de su hijo.

El peligro de las mejores cosas de este mundo

¿Cuál es la enseñanza de todo este episodio? Son dos cosas: una de las cuales es probable que Abraham viera con claridad, y otra, que seguramente le costaba bastante comprender.

Lo que Abraham entendió muy bien fue que aquella prueba tenía que ver

con el amor supremo a Dios. Al final, el Señor le dijo: “Ahora sé que temes a Dios”. En la Biblia, esto no se refiere tanto a “tener miedo” de Dios, sino a entregarse de todo corazón a Él. Por ejemplo, en Salmos 130:4, vemos que “el temor de Dios” aumenta gracias a la experiencia de la gracia y el perdón divinos. Lo que describe es un asombro amante y alegre frente a la grandeza de Dios. El Señor dice: “Ahora sé que me amas más que a cualquier otra cosa en este mundo”. Esto es lo que significa “el temor de Dios”.

Ello no significa que Dios intentase averiguar si Abraham le amaba. El Dios omnisciente conoce todos los estados del corazón. Más bien, Dios hacía pasar a Abraham por el horno de la prueba, de modo que su amor por Dios pudiera manifestarse al final “como el oro fino”. No es difícil entender por qué Dios usó a Isaac como medio para alcanzar ese fin. Si Dios no hubiera intervenido, sin duda Abraham habría acabado amando a su hijo más que a cualquier otra cosa en la vida, si es que no lo había hecho ya. Eso hubiera constituido idolatría y toda idolatría es destructiva.

Desde este punto de vista, vemos que el trato extremadamente crudo que Dios dispensó a Abraham fue en realidad misericordioso. Isaac fue un regalo maravilloso para Abraham, pero era un peligro para su padre hasta que este estuvo dispuesto a poner a Dios en primer lugar. Mientras Abraham no tuviera que elegir entre su hijo y la obediencia a Dios, no podría darse cuenta de que su amor empezaba a ser idólatra. De forma parecida, quizá no nos apercibamos de lo idólatrico que se ha vuelto nuestro trabajo profesional hasta que nos encontremos en una circunstancia en la que decir la verdad o actuar con integridad supondría un golpe contundente a nuestras posibilidades de ascender. Si no estamos dispuestos a perjudicar nuestra carrera para hacer la voluntad de Dios, nuestro trabajo se convertirá en un dios fraudulento.

Una madre dice: “Mi deseo de tener niños perfectos y felices es egoísta. Se centra en mi necesidad de sentirme digna y valiosa. Si realmente conociera el amor de Dios, podría aceptar a unos niños imperfectos y no los agobiaría tanto. Si el amor de Dios significase para mí más que mis hijos, podría amarlos menos egocéntricamente y con mayor sinceridad”. Toda madre tiene que poner a sus “Isaacs” en el altar y dar a Dios el lugar central en su vida.

El control excesivo sobre tus hijos no sólo manifiesta la renuencia a permitir que Dios sea Dios en tu propia vida, sino también en las de tus hijos. Quizá no puedas imaginar que Dios pueda tener un plan para las vidas de tus hijos, quizá te cueste creer que Dios sea más sabio que tu. Entiendo que hemos planificado una vida perfecta, sin errores ni decepciones. Pero este plan de vida es más imperfecto que la ruta llena de baches que Dios ha trazado inevitablemente para nosotros. **Las personas que nunca han sufrido en esta vida sienten menos empatía por otras, conocen poco sus propios errores y limitaciones, no saben resistir frente a las tribulaciones y tienen expectativas irreales para esta vida. Tal y como nos dice el libro de Hebreos en el Nuevo Testamento, aquel a quien Dios ama pasará por dificultades (He. 12:1-8).**

El éxito y el amor de nuestros hijos han sido más importantes para la imagen de nosotros mismos que para la gloria y el amor de Dios. Aunque creemos en Dios con nuestra mente, la satisfacción más profunda de nuestro corazón la encontramos cuando uno de nuestros hijos nos dice: “¡Ay, papá, Ay, mamá, te lo debo todo a ti!”. Lo trágico es que es posible que nunca escuche las palabras que más desea, porque su necesidad desordenada de la aprobación de sus hijos aleja a las personas a las que más ama. Mamá, usted debe estar dispuesta a poner primero a Dios, a confiar a Dios a sus hijos al permitirles fracasar, y a encontrar la paz en el amor y en la voluntad divinas. Debe subir con Abraham a las montañas.

Abraham hizo ese viaje y sólo después de realizado pudo amar a Isaac correcta y sabiamente. Si Isaac se hubiera convertido en la principal esperanza y alegría de la vida de Abraham, su padre le habría disciplinado demasiado (porque necesitaría que su hijo fuera “perfecto”), o demasiado poco (porque no soportaría la contrariedad de su hijo) o ambas cosas. Le habría consentido mucho, pero al mismo tiempo, se habría mostrado furioso y cruel, quizá incluso violento, cuando su hijo le decepcionara. ¿Por qué? Porque los ídolos esclavizan. El amor y el éxito de Isaac se habrían convertido en las únicas identidad y alegría de Abraham. Se hubiera puesto desmedidamente furioso, ansioso y deprimido si Isaac alguna vez no le obedecía o amaba. Y eso habría pasado, dado que ningún hijo puede llevar la carga total de la perfección. Las expectativas de Abraham habrían alejado de él a Isaac o desvirtuado y desfigurado su espíritu.

Por consiguiente, el trayecto espantoso de Abraham al monte fue la última etapa de un largo viaje en el que Dios le transformaba de hombre corriente a uno de los personajes más destacados de la historia. Las tres grandes religiones monoteístas modernas, que son el Judaísmo, el Islam y el Cristianismo, nombran a Abraham como su fundador. Más de la mitad de los seres humanos le consideran su padre espiritual. Eso no habría sucedido si Dios no hubiese destruido el ídolo que Abraham llevaba en su corazón.

El sustituto

Este incidente famoso también apuntaba a algo que Abraham no podía ver, al menos no verlo demasiado bien en su época. ¿Por qué se había salvado Isaac? Los pecados de Abraham y de su familia seguían allí. ¿Cómo podía pasarlos por alto un Dios santo y justo?. Bueno, se ofreció un sustituto, un carnero. Pero, ¿fue la sangre del carnero la que canceló la deuda del primogénito? No.

Muchos años después, en aquellas mismas montañas,²³ otro primogénito fue sujeto a un madero para morir. Pero allí, en el monte Calvario, cuando el Hijo amado de Dios exclamó “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?”, no hubo ninguna voz del cielo que anunciara liberación. En lugar de eso, Dios Padre pagó el precio en silencio. ¿Por qué? El verdadero sustituto del hijo de Abraham fue el

unigénito de Dios, Jesús, que murió en pago por nuestros pecados.

“Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” 1 Pedro 3:18.

Pablo comprendió el verdadero sentido de la historia de Isaac cuando aplicó deliberadamente a Jesús el lenguaje propio de aquel episodio: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” Romanos 8:32.

Por lo tanto, aquí tenemos la respuesta práctica a nuestras idolatrías, a los “Isaacs” de nuestras vidas, que, desde el punto de vista espiritual, no conviene tener ni conservar. Hemos de entregarlas. Hemos de encontrar la manera de evitar que se nos aferren con demasiada fuerza, de esclavizarnos a ellas. Nunca lo haremos mientras pronunciemos palabras abstractas sobre lo grande que es Dios. Hemos de saber y estar seguros de que Dios nos ama, nos valora tanto y se complace hasta tal punto en nosotros que podemos descansar en Él nuestros corazones para hallar nuestro valor y nuestra seguridad, y superar cualquier incidente que suceda en la vida.

Pero, ¿cómo? Dios vio el sacrificio de Abraham y dijo: “ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único”. Pero, ¡cuánto más podemos contemplar su sacrificio en la cruz y decir a Dios: “¡Ahora conocemos que nos amas, porque no nos has negado tu hijo único, tu amado!” Cuando nuestras mentes entienden la magnitud de lo que Él hizo, al final podemos descansar nuestros corazones en Dios y no en cualquier otra cosa.

Jesús es el único que hace que esta historia tenga sentido. La única manera de que Dios pueda ser “justo” (exigiendo el pago de nuestra deuda por el pecado) y “el que justifica”²⁴ (ofreciendo salvación y gracia) radica en que, muchos años después, otro Padre subió al “monte” llamado Calvario con su primogénito y lo ofreció allí por todos nosotros. Usted nunca será tan grande, tan confiado en Dios, tan valiente como lo fue Abraham por el mero hecho de intentarlo con ganas, sino únicamente al creer en el Salvador a quien señala este suceso. Sólo si Jesús vivió y murió por nosotros podemos tener de inmediato un Dios de amor y santidad infinitos. Entonces, puede estar absolutamente convencido de que le ama.

Tu camino al monte

Piense en las muchas decepciones y problemas que nos acosan. Écheles un vistazo más de cerca y se dará cuenta de que los más poderosos de ellos tienen que ver con nuestros propios “Isaacs”. En nuestras vidas, siempre hay cosas en las que invertimos para obtener cierto grado de alegría y de plenitud que sólo puede darnos Dios. Los momentos más dolorosos de nuestras vidas son aquellos en los que nuestros Isaacs, nuestros ídolos, corren peligro o alguien nos los quita. Cuando sucede esto,

podemos reaccionar de dos maneras. Podemos decantarnos por la amargura y el desespero.

Nos creeremos con derecho a revolcarnos en esos sentimientos, diciendo: “¡Llevo toda la vida trabajando para llegar a este punto de mi carrera, y ahora ha desaparecido todo!”; o “¡Me he pasado la vida trabajando como un esclavo para ofrecerle una buena vida a esa mujer, y así me lo paga!”. Podemos sentirnos con libertad para mentir, engañar, vengarnos o renunciar a nuestros principios para aliviar nuestra angustia. O podemos limitarnos a vivir en la melancolía permanente.

La otra manera de reaccionar es la de Abraham: dar un paseo monte arriba. Podría decir: “Veo que me llamas a vivir mi vida sin algo de lo que yo pensaba que no podría prescindir. Pero, si te tengo, poseo la única riqueza, salud, amor, honor y seguridad que realmente necesito y que nunca perderé”. Como muchos han aprendido y más tarde enseñado, hasta que lo único que usted tenga sea Jesús, no se dará cuenta de que Él es todo lo que necesita.

Muchos de estos dioses falsos, por no decir la mayoría, pueden quedarse en nuestras vidas una vez los hayamos “degradado” a un puesto inferior a Dios. Entonces, no nos dominarán ni asediarán con ansiedad, orgullo, ira y agobio. A pesar de todo, no debemos cometer el error de pensar que esto significa que lo único que debemos hacer es estar dispuestos a separarnos de nuestros ídolos, en lugar de abandonarlos por completo. Si Abraham hubiera subido a la montaña pensando “Lo único que tengo que hacer es poner a Isaac sobre el altar, pero sin sacrificarlo de verdad”, ¡no habría superado la prueba! Para que un elemento presente en nuestras vidas sea seguro, tiene que haber dejado de ser un ídolo. Esto sólo puede suceder cuando estamos realmente dispuestos a vivir sin ello, cuando decimos desde el corazón: “Como tengo a Dios, puedo vivir sin ti”.

A veces, parece que Dios nos mata cuando, en realidad, nos está salvando. En este caso, estaba transformando a Abraham en un gran hombre, pero aparentemente daba la sensación de que Dios era cruel. Seguir a Dios en semejantes circunstancias parece ser un tipo de “fe ciega”, pero en realidad es una fe vigorosa y agradecida. La Biblia está llena de relatos sobre personajes como José, Moisés y David, que hablan de momentos en los que Dios pareció abandonarles, aunque más adelante se reveló que lo que hizo fue destruir los ídolos perniciosos de sus vidas, algo que solamente se podía hacer si ellos pasaban por aquella experiencia difícil.

Igual que Abraham, Jesús luchó intensamente con el llamado de Dios. En el huerto de Getsemaní, preguntó al Padre si no había ninguna otra alternativa, pero al final subió obediente al Calvario y a la cruz. No podemos saber todos los motivos por los que nuestro Padre permite que nos pasen cosas malas, pero, como hizo Jesús, podemos confiar en Él en esos momentos difíciles. Cuando le contemplemos y nos regocijemos en lo que hizo por nosotros, tendremos la alegría y la esperanza necesarias (además de vernos libres de los dioses falsos) para seguir el llamado de Dios cuando las circunstancias parecen tan oscuras como difíciles.

El amor NO es todo lo que necesitas

La búsqueda del amor

El anhelo humano del amor verdadero se ha celebrado siempre en canciones y novelas, pero nuestra cultura contemporánea lo ha magnificado en un grado impresionante. Los teatros musicales están repletos de luminosas canciones de amor, pero algunas revelan la cara oculta de esta búsqueda moderna.

Conocimos a una mujer, que tuvo la desgracia de nacer siendo hermosa. Incluso cuando era niña entendió el poder que podía tener gracias a su atractivo físico. Al principio, usó su belleza para manipular a otros, pero al final fueron los demás quienes la usaron para manipularla a ella. Llegó a sentir que estaba indefensa y era invisible a menos que algún hombre estuviera enamorado de ella. No soportaba estar sola. Como resultado, estaba dispuesta a mantener relaciones sentimentales con hombres que la maltrataban.

¿Por qué soportaba ese maltrato? Había llegado al punto de buscar en los hombres el tipo de afirmación y aceptación profundas que sólo puede proporcionar Dios. Como resultado, se convirtió en esclava del amor.

Sabemos que una cosa buena se ha convertido en un dios falso cuando las exigencias que le impone superan las fronteras de lo correcto. Convertir el trabajo en un ídolo puede suponer que usted trabaje hasta arruinarse la salud, o que incumpla la ley con miras a mantenerse por delante de otros. Convertir el amor en un ídolo puede significar que el o la amante le explote y abuse de usted, o usted tenga una ceguera espantosa ante las patologías de la relación. Un apego idólatra a algo o a alguien puede llevarle a incumplir cualquier promesa, racionalizar toda indiscreción o traicionar cualquier otra lealtad, todo con objeto de mantenerlo. Puede impulsarle a violar todos los límites saludables y correctos. Practicar la idolatría significa ser un esclavo.

En la Biblia, encontramos una historia que ilustra cómo la búsqueda del amor puede convertirse en una forma de esclavitud. Es la historia de Jacob y de Lea en Génesis 29, y, aunque es muy antigua, nunca ha sido más relevante que hoy. Siempre ha sido posible convertir el amor romántico y el matrimonio en un dios falso, pero vivimos en una cultura que facilita, incluso más que nunca, confundir el amor con Dios, dejarse arrastrar por él y depositar sobre él todas nuestras esperanzas de ser felices.

La promesa del Mesías

Como vimos en el capítulo anterior, Dios se acercó a Abraham y le prometió redimir al mundo por medio de su familia, a través del linaje de sus descendientes.

Por consiguiente, en cada generación se elegiría a un hijo para perpetuar el linaje, para caminar con Dios como cabeza de la familia y transmitir la fe a la siguiente generación. Entonces, vendría otro hijo que tomaría el relevo, y luego otro, hasta el momento en que uno de los descendientes de Abraham sería el Mesías en persona.

Abraham engendró a Isaac. Años más tarde, la esposa de Isaac, Rebeca, se quedó embarazada de gemelos, y Dios habló por medio de una profecía diciendo: “el mayor servirá al menor” Gn. 25:23. Esto quería decir que el segundo gemelo en nacer había sido elegido para perpetuar el linaje mesiánico. A pesar de la profecía, Isaac se encariñó con su hijo mayor, Esaú, favoreciéndole antes que al menor, Jacob.

Irónicamente, este fue el mismo error trágico que Dios impidió que cometiese Abraham cuando le ordenó que le ofreciera a su hijo único. Debido al favoritismo de Isaac, Esaú creció siendo orgulloso, caprichoso, testarudo e impulsivo, mientras que Jacob se convirtió en un hombre cínico y amargado.

Llegó el momento en que Isaac, ya anciano, había de dar su bendición a la cabeza del clan que, desafiando la profecía divina, él planeaba conceder a Esaú. Pero Jacob se disfrazó de su hermano mayor, se acercó a su padre, que estaba casi ciego, y recibió la bendición de un Isaac que poco sospechaba lo sucedido. Cuando Esaú descubrió lo que había pasado, juró matar a Jacob y este tuvo que huir al desierto para evitar su muerte.

La vida de Jacob estaba arruinada. Había perdido a su familia y su herencia. Nunca volvería a ver vivos a su madre y a su padre. Jacob se dirigió al otro extremo del Creciente Fértil, donde aún vivían muchos de los parientes de su madre y de su abuelo. Allí esperaba, como mínimo, sobrevivir.

El deseo de Jacob

Jacob huyó a la familia de su madre, que le aceptó. Su tío Labán le contrató como pastor de algunos de sus rebaños. Una vez Labán se dio cuenta de que Jacob tenía madera de administrador, le ofreció un puesto conforme a su capacidad. “¿Qué te puedo pagar por encargarte de mis rebaños?”, preguntó. La respuesta de Jacob fue una sola palabra: Raquel.

Y Labán tenía dos hijas: el nombre de la mayor era Lea, y el nombre de la menor, Raquel. Y los ojos de Lea eran delicados, pero Raquel era de lindo semblante y de hermoso parecer. Y Jacob amó a Raquel, y dijo: Yo te serviré siete años por Raquel tu hija menor. Y Labán respondió: Mejor es que te la dé a ti, y no que la dé a otro hombre; quédate conmigo. Así sirvió Jacob por Raquel siete años; y le parecieron como pocos días, porque la amaba. (Génesis 29:16-20)

El texto hebreo dice, literalmente, que Raquel tenía una hermosa figura y, para rematarlo, era guapa. Jacob se encandiló profundamente de ella. Robert Alter, el

gran experto en literatura hebrea en Berkeley, señala los numerosos indicios que hay en el pasaje y que indican lo enamorado y embobado que estaba Jacob con Raquel.

Jacob ofreció el sueldo de siete años por ella, que, en aquella época, era un precio exorbitado por una esposa. “Y le parecieron como pocos días, porque la amaba” (v. 20). “Entonces dijo Jacob a Labán: Dame mi mujer, porque mi tiempo se ha cumplido, para unirme a ella” (v. 21). Alter dice que la frase en hebreo es inusualmente cruda, gráfica y sexual para los discursos antiguos, que, por lo general, eran reticentes a usar este lenguaje. Imagínese lo que sería que alguien le dijera a un padre: “¡No veo el momento de tener relaciones sexuales con su hija! ¡Démela ahora mismo!”. El narrador nos muestra a un hombre consumido por el deseo emocional y sexual por una mujer.

¿Por qué? Porque la vida de Jacob estaba vacía. Nunca disfrutó del amor de su padre, había perdido el amor de su querida madre y, sin duda, ignoraba el amor y el cuidado de Dios. Entonces, contempló a la mujer más hermosa que había visto en su vida y seguramente dijo para sí: “Si la tuviera, por fin algo saldría bien en mi vida miserable. Si la tuviera, todo se arreglaría”. Los deseos de su corazón de encontrar sentido y afirmación se concentraron en Raquel.

Jacob era una persona inusual para su época. Los historiadores de la cultura nos dicen que en la antigüedad las personas generalmente no se casaban por amor, sino para obtener una posición social. A pesar de eso, hoy día Jacob no destacaría.

¿Qué es lo que anhelamos cuando elevamos nuestra pareja sentimental a la posición de Dios? Buscamos la redención y nada menos que eso. Eso es exactamente lo que hizo Jacob y, es lo que otros millones de personas hacen en nuestra cultura. La música y el arte popular de nuestra sociedad nos llaman a seguir haciéndolo, a cargar en el romance y el amor todas las necesidades más profundas de nuestros corazones de importancia y trascendencia. Pero, cuando nuestras expectativas y nuestras esperanzas alcanzan esa magnitud, “el objeto amado se vuelve Dios”. Ningún amante, ningún ser humano, está cualificado para ese papel. Nadie puede llegar tan alto. El resultado inevitable es una desilusión amarga.

El poder del amor

Algunos dicen que el análisis cultural de Becker es obsoleto. Ahora, vivimos en “la cultura del rollo”, en la que los jóvenes han convertido el sexo en algo ordinario, informal y libre de compromisos. En realidad, hoy día hay menos hombres y mujeres que tienen citas, novios o novias. En beneficio de la igualdad de sexos, las mujeres han empezado a decir “Tenemos derecho a disfrutar tanto de la sexualidad como los hombres”. Cada vez va a más la presión para tener relaciones sexuales sin compromiso emocional alguno.²⁸ Por lo tanto, como es lógico, nuestra cultura se aleja de toda esperanza en el “romance apocalíptico”. El argumento sostiene que, una

vez superemos los restos de nuestro puritanismo, el sexo no será nada del otro mundo.

No lo crea.

El amor romántico es objeto de un enorme poder sobre el corazón y la imaginación humana, y, por consiguiente, puede dominar excesivamente nuestras vidas. Incluso las personas que eluden por completo el amor romántico debido a la amargura o al miedo se ven controladas por su poder. Una vez, conocí a un hombre que decía que estaba tan decepcionado con las mujeres que ahora sólo participaba en relaciones sexuales sin compromiso. Se jactaba de que el amor ya no podría manipularlo jamás. Como respuesta, le dije que, si uno tiene tanto miedo del amor que no puede tenerlo, está tan esclavizado como si debiera tenerlo. La persona que no se permite amar evitará a personas que serían compañeras sentimentales perfectas. La persona que debe tener amor a toda costa elegirá parejas que no encajen con ella o la maltraten. Si usted teme demasiado al amor o le encandila en exceso, entonces es que aquel ha asumido un poder casi divino, distorsionando sus percepciones y su vida.

El engaño

La vaciedad interior de Jacob le hizo vulnerable a la idolatría del amor romántico. Cuando se ofreció a trabajar siete años a cambio de Raquel, casi cuatro veces más del precio ordinario por una esposa, Labán, falto de escrúpulos, vio lo perdidamente enamorado que estaba. Decidió aprovecharse de su estado. Cuando Jacob le preguntó si podía casarse con Raquel, la respuesta de Labán fue deliberadamente imprecisa. En realidad, nunca dijo “Sí, trato hecho”, sino, más bien, “Mejor es que te la dé a ti, y no que la dé a otro hombre” Gn. 29:19. Jacob quería escuchar un sí por respuesta, de modo que lo escuchó. Pero no fue un sí. Labán se limitó a decir: “Creo que es buena idea que te cases con Raquel”.

Pasaron siete años, tras los cuales Jacob acudió a Labán y le dijo: “Ahora, dame a mi esposa”. Como era costumbre, se celebró un gran banquete de bodas. En mitad de la celebración, Labán llevó ante Jacob a su esposa, cubierta por un espeso velo. Como durante la celebración Jacob ya se había emborrachado, se acostó con ella. Pero, “venida la mañana, he aquí que era Lea” Gn. 29:25. A plena luz del día, Jacob miró y vio que la mujer con la que había consumado su matrimonio era Lea, la hermana mayor de Raquel, poco atractiva. Temblando de ira, Jacob fue a Labán y le dijo: “¿Qué es esto que me has hecho?”. Labán contestó tranquilamente que en su tierra era normativo que la hermana mayor se casara antes que la menor. Si Jacob se comprometía a trabajar otros siete años más, añadió, le satisfaría añadir a Raquel como parte del trato. Engañado y atrapado, Jacob se sometió a un contrato de otros siete años para poder casarse con Raquel como había hecho con Lea.

La devastación de la idolatría

Podemos preguntarnos cómo es posible que Jacob fuera tan iluso, pero su conducta fue la propia de un adicto. Hay muchas maneras en las que el amor romántico puede funcionar como un tipo de droga que nos ayuda a escapar de la realidad de nuestras vidas.

Un ejemplo es aquel hombre mayor que abandona a su esposa por otra mujer más joven, en un intento desesperado de esconder la realidad de que está envejeciendo. Luego, tenemos a ese joven que únicamente encuentra deseable a una mujer hasta que se ha acostado con ella un par de veces, después de lo cual pierde interés por ella. Para él, las mujeres no son más que un objeto necesario para ayudarlo a sentirse deseable y poderoso. Nuestros miedos y nuestra esterilidad interior hacen que el amor sea un narcótico, una forma de medicarnos, y los adictos siempre toman decisiones absurdas y destructivas.

Eso es lo que le pasó a Jacob. Raquel no sólo era su esposa, sino su “salvadora”. Él quería y necesitaba a Raquel tan profundamente que escuchó y vio solamente las cosas que quería oír y ver. Por eso, fue vulnerable al engaño de Labán. Más adelante, Jacob idolatró hasta tal punto a Raquel que eso dio pie a décadas de desgracias en su familia. Adoró y favoreció a los hijos de Raquel por encima de los de Lea, desvirtuando y amargando los corazones de todos sus hijos, y envenenando el sistema familiar. Tenemos una expresión que describe a alguien que se ha enamorado: “Besa el suelo que ella pisa. ¡La adora!”. Cuando esto es una realidad literal, ¡qué destructivo puede ser!

Vemos cómo la idolatría asoló la vida de Jacob, pero quizá la mayor víctima de esa idolatría fue Lea. Es la hermana mayor y el narrador sólo nos ofrece un detalle importante sobre ella. El texto dice que “los ojos de Lea eran delicados”. Algunos han asumido que esto significa que tenía un problema de vista. Pero el pasaje no dice “los ojos de Lea eran delicados, pero Raquel veía perfectamente”. Dice que los ojos de Lea eran delicados, pero Raquel era hermosa. Por lo tanto, “delicados” quizá signifique Lea era bizca o poco agraciada en cualquier otro sentido. La idea está clara: Lea era especialmente poco atractiva y tuvo que pasarse toda la vida a la sombra de su hermana, que era totalmente cautivadora.

Como resultado de ello, su padre Labán sabía que ningún hombre se casaría con ella ni ofrecería dote alguna por esa hija. Durante años, se había preguntado cómo iba a librarse de ella para que Raquel, por la que obtendría un alto precio, pudiera casarse. Labán encontró en Jacob la solución para su problema económico. Vio su oportunidad y la aprovechó. Pero pensemos en lo que esto significó para Lea: la hija a la que su padre no quiso era ahora la esposa de un marido que no la quería. “Y se llegó también a Raquel, y la amó más que a Lea” Gn. 29:30. Era la mujer a la que nadie quería.

Por consiguiente, Lea tenía un vacío tan grande en su corazón como el que sentía Jacob en el suyo. Y ahora empezó a reaccionar del mismo modo que su esposo. Le hizo a Jacob lo que este le había hecho a Raquel y lo que Jacob hizo con Esaú: puso la esperanza de su corazón en obtener el amor de Jacob. Los últimos versículos son de los lamentos más estremecedores que encontramos en la Biblia.

Y vio Jehová que Lea era menospreciada, y le dio hijos; pero Raquel era estéril. Y concibió Lea, y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Rubén, porque dijo: Ha mirado Jehová mi aflicción; ahora, por tanto, me amará mi marido. Concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y dijo: Por cuanto oyó Jehová que yo era menospreciada, me ha dado también este. Y llamó su nombre Simeón. Y concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y dijo: Ahora esta vez se unirá mi marido conmigo, porque le he dado tres hijos; por tanto, llamó su nombre Leví. Concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y dijo: Esta vez alabaré a Jehová; por esto llamó su nombre Judá; y dejó de dar a luz.
(Génesis 29:31-35)

¿Qué estaba haciendo? Intentar encontrar la felicidad y la identidad por medio de los valores familiares tradicionales. Tener hijos, sobre todo en aquellos tiempos, era la mejor manera de conseguirlo, pero no funcionó. Había puesto en su marido todas sus esperanzas y sus sueños. Pensó: “Si tengo hijos, mi marido me amará, y por fin habrá acabado mi vida de infelicidad”. Pero, en lugar de eso, cada nacimiento la empujaba a mayor profundidad en el infierno de la soledad. Cada día de su vida estaba condenada a ver cómo el hombre al que más amaba se refugiaba en los brazos de aquella mujer a cuya sombra ella se había pasado la vida.

¿Cuál es la moraleja de la historia?

El motivo de nuestra confusión es que normalmente leemos la Biblia como si fuera una serie de relatos inconexos, cada uno de los cuales tiene una “moraleja” que nos enseña cómo vivir nuestras vidas. No es así.

La Biblia contiene una única historia que nos dice cómo llegó la raza humana a su estado actual y cómo Dios, por medio de Jesucristo, ha venido y volverá para enderezar las cosas. En otras palabras, la Biblia no nos ofrece un dios situado en lo alto de una escalera moral desde la que nos dice: “¡Si intentas de todo corazón reunir tus fuerzas y vivir correctamente, ¡podrás ir subiendo!”. En lugar de esto, la Biblia nos muestra repetidamente a personas que no merecen la gracia de Dios, no la buscan y no la aprecian incluso después de haberla recibido. Si este es el gran marco narrativo en el que encajan todos los relatos individuales, ¿qué aprendemos de esta historia?

Aprendemos que, en el trasfondo de toda vida, resuena una nota subyacente de desencanto cósmico. Nunca llevaremos una vida sabia hasta que entendamos esto.

Jacob dijo: “Si consigo a Raquel, todo irá bien”. Y se acuesta con aquella que piensa que es Raquel, y, literalmente, el texto hebreo dice: “venida la mañana, he aquí que era Lea” Gn. 29:25. Un comentarista dijo acerca de este versículo: “Esto es una

miniatura de nuestro desencanto, el que experimentamos a partir del Edén”.

¿Qué quiere decir esto? Con todo nuestro respeto por esa mujer (de la que tenemos mucho que aprender), significa que, independientemente de en qué pongamos nuestras esperanzas, por la mañana es siempre Lea, no Raquel. Nadie ha expresado esto mejor que C. S. Lewis en Mero cristianismo:

La mayoría de personas, si realmente han aprendido a mirar en sus corazones, sabrán que quieren, y quieren ardientemente, algo que no pueden tener en este mundo. En este mundo, hay toda clase de cosas que ofrece darnos, pero nunca cumple su promesa. Los anhelos que nacen en nosotros cuando nos enamoramos por primera vez, o cuando pensamos por vez primera en un país extranjero, o abordamos una materia que nos emociona, son anhelos que ni el matrimonio, ni el viaje, ni el aprendizaje pueden realmente satisfacer. No hablo ahora de lo que normalmente llamaríamos matrimonios rotos, ni vacaciones, ni carreras estudiantiles. Hablo de la mejor expresión de tales cosas. Hubo algo que aprehendimos, en ese primer momento de anhelo, que en la realidad se desvanece. Creo que todo el mundo sabe de qué hablo.

La esposa puede ser buena, los hoteles y los paisajes excelentes, y la química una profesión muy interesante, pero algo se nos ha escapado.

Si usted se casa como lo hizo Jacob, poniendo todo el peso de sus esperanzas y anhelos más profundos en la persona con quien se despose, la aplastará con sus expectativas. Distorsionará su vida y la de su cónyuge de mil formas distintas. Nadie, ni siquiera la mejor persona, puede darle a su alma todo lo que esta necesita. Pensará que se ha ido a la cama con Raquel y, cuando se despierte, siempre encontrará a Lea. Este desencanto, esta desilusión cósmica, está presente en toda la vida, pero la sentimos especialmente en aquellas cosas en las que más habíamos depositado nuestras esperanzas.

Cuando al final comprenda esto, hay cuatro cosas a hacer. Puede echar la culpa a esas cosas que le han decepcionado e intentar conseguir otras mejores. Este es el camino de la idolatría continuada y de la adicción espiritual. Lo segundo que puede hacer es culparse, castigarse diciendo: “No sé cómo, pero soy un fracaso. Veo que todo el mundo es feliz. No sé por qué yo no lo soy. Dentro de mí hay algo que no funciona”. Esta es la vía del desprecio a uno mismo y de la vergüenza. Tercero, puede culpar al mundo y decir: “¡Maldito sea el sexo opuesto!”, en cuyo caso se volverá duro, cínico y vacío. Por último, como expone C. S. Lewis al final de su gran capítulo sobre la esperanza, también puede reorientar el foco de su vida para que apunte a Dios. Concluye diciendo: “Si encuentro en mi ser un deseo que no puede satisfacer ninguna experiencia mundanal, la explicación más probable es que fuera hecho para otro mundo [algo sobrenatural y eterno]”.

Idolatrías masculinas y femeninas

Jacob busca un “sexo apocalíptico”. Lea, la tradicionalista, da a luz hijos e

intenta encontrar su identidad en su condición de esposa. Pero los dos acaban frustrados.

El fracaso del amor romántico como solución a los problemas humanos forma parte integral de la frustración del hombre moderno... Ninguna relación humana puede sobrellevar la carga de la divinidad... Por mucho que la idealicemos e idolatremos [a la pareja amada], refleja inevitablemente la decadencia y la imperfección... Después de todo, ¿qué es lo que queremos cuando elevamos a nuestra pareja sentimental a este rango? Queremos librarnos de nuestros errores, de nuestra sensación de no ser nadie. Queremos ser justificados, saber que nuestra existencia no ha sido en vano. Queremos la redención, nada más y nada menos. Como no hace falta decir, las parejas humanas no nos pueden dar tales cosas.

Los ídolos estereotipados del amor romántico, tanto para los hombres como para las mujeres, son callejones sin salida. A menudo, se dice que “los hombres usan el amor para conseguir sexo, y las mujeres usan el sexo para conseguir amor”. Como todos los estereotipos, estos contienen cierta verdad, pero este relato bíblico demuestra que esos dos dioses falsos acaban decepcionándonos. Como Jacob quería justificar su propia vida mediante el hecho de tener una mujer hermosa, entregó su corazón a una mujer negándose a ver su inmadurez y sus imperfecciones. El dios falso de Lea no era el sexo. Es evidente que tenía acceso al cuerpo de su marido, pero no a su amor ni a su compromiso. Quería que Jacob “la amara”, que su alma se apegase a la propia. Pero no fue así. La vida de Lea encalló en los arrecifes de la tristeza.

El progreso de Lea

Lea es la única persona en esta triste historia que tiene un cierto progreso espiritual, aunque esto suceda al final de todo. Fijémonos primero en lo que Dios hace en ella. Una de las cosas que destacan los eruditos hebreos es que, en todas las afirmaciones de Lea, clamaba al Señor. Usaba el nombre Yahvé. “Ha mirado el Señor [Yahvé] mi aflicción”, dice en el versículo 32. ¿Cómo conocía a Yahvé?

El nombre genérico de Dios en hebreo era Elohim. En aquella época, todas las culturas tenían algún concepto general de Dios o de los dioses, pero Yahvé era el nombre del Dios que se había revelado a Abraham y, más tarde, a Moisés. Fue quien le dijo a Abraham que bendeciría la Tierra por medio de su linaje. La única manera de que Lea conociese la existencia de Yahvé sería si Jacob le había hablado de la promesa hecha a su abuelo. De modo que, aun en medio de sus luchas y su confusión, Lea extendía las manos hacia un Dios personal de gracia.

Sin embargo, después de varios años criando hijos, llega el momento de avanzar. Cuando Lea dio a luz a su cuarto hijo, Judá, dijo: “Esta vez alabaré a Jehová”. Esa afirmación contenía un desafío. Era una declaración distinta a las que había hecho después de sus otros partos. No mencionó a su esposo ni al bebé. Parece ser que, por fin, había apartado de su esposo y de sus hijos las esperanzas más

profundas de su corazón y las había depositado en el Señor. Jacob y Labán le habían robado la vida a Lea, pero, cuando al final entregó su corazón al Señor, la recuperó.

El novio verdadero

No debemos fijarnos solamente en lo que Dios hizo en ella; también hemos de considerar lo que hizo por ella. Es posible que Lea sintiera que en aquel niño había algo especial. Quizá tuvo la intuición de que Dios había hecho algo por ella. Y ciertamente era así. Sin duda, el escritor de Génesis lo sabía. Aquel niño era Judá, y en Génesis 49 se nos dice que por medio de él vendría un día el Rey verdadero, el Mesías. Dios se había acercado a la mujer que nadie quería, la menospreciada, haciendo de ella una antepasada de Jesús. La salvación vino al mundo no a través de la hermosa Raquel, sino de la mujer que nadie quería, la desestimada.

¿Le gusta a Dios defender a los desvalidos? No, aquel regalo maravilloso a Lea significó mucho más que eso. El texto dice que, cuando el Señor vio que Lea no era amada, Él la amó. Dios le estaba diciendo: “Yo soy el verdadero novio. Soy el esposo de las que no lo tienen. Soy el padre de los huérfanos”.

Este es el Dios que salva por gracia. Los dioses de las religiones moralistas favorecen a las personas con éxito y a las que más rinden. Son quienes trepan por la escalera moral hacia el cielo. Pero el Dios de la Biblia es aquel que desciende a este mundo para llevar a cabo la salvación y darnos una gracia que nunca podríamos alcanzar solos. Ama a los no queridos, los débiles y los indeseados. No es solamente un rey, y nosotros sus súbditos; no es sólo un pastor, y nosotros sus ovejas. Es un esposo, y nosotros somos su esposa. Está enamorado de nosotros, incluso de aquellos que pasan desapercibidos para todos los demás.

Y aquí estriba el poder para superar nuestras idolatrías. En el mundo, hay muchas personas que no han encontrado una pareja sentimental y que necesitan escuchar que el Señor les dice: “Yo soy el novio verdadero. Sólo hay un par de brazos que te darán todo lo que desea tu corazón y que te esperarán al final de los tiempos si te vuelves a mí. Y sabe que yo te amo ahora”. Sin embargo, no son solamente los que no tienen pareja quienes necesitan ver que Dios es nuestro esposo último, sino también los que tienen cónyuge. Lo necesitan para salvar su matrimonio del peso aplastante de sus expectativas divinas. Si usted se casa con alguien esperando que sea como un dios, es inevitable que le decepcione. No es que deba intentar amar menos a su cónyuge, sino, más bien, que debe conocer y amar más a Dios. ¿Cómo podemos conocer el amor de Dios con tanta profundidad que liberemos a nuestros seres queridos y cónyuges de nuestras expectativas agobiantes? Observando a aquel a quien apunta la vida de Lea.

El hombre a quien nadie quería

Cuando Dios vino al mundo en Jesucristo, era verdaderamente hijo de Lea. Se convirtió en el hombre a quien nadie quería. Nació en un establo. Carecía de belleza que le hiciera deseable (Is. 53:2). Vino a los suyos y los suyos no le recibieron (Jn. 1:11). Y, al final, todo el mundo le abandonó. Jesús clamó a su Padre: “¿Por qué me has abandonado?”.

¿Por qué fue el hijo de Lea? ¿Por qué fue el hombre a quien nadie quería? Por usted y por mí. Llevó sobre sí mismo nuestros pecados y murió en nuestro lugar. Si nos sentimos profundamente conmovidos al ver su amor hacia nosotros, esto apartará nuestros corazones de otros presuntos salvadores. Dejaremos de intentar redimirnos mediante nuestros proyectos y relaciones, porque ya estamos redimidos. Dejaremos de intentar convertir a otros en salvadores, porque ya tenemos un Salvador.

La única manera de librar al corazón de un afecto antiguo es mediante el poder expulsivo de uno nuevo... Por lo tanto... no basta... con poner ante el mundo el espejo de sus propias imperfecciones. No basta con exponer una demostración del carácter evanescente de nuestros placeres... de hablar a la consciencia... de sus locuras... Más bien, pruebe todos los métodos legítimos de encontrar un acceso a sus corazones por amor de aquel que es mayor que el mundo.

El dinero lo cambia todo

Estamos ciegos a nuestra propia codicia

Ernest Becker escribió que nuestra cultura reemplazaría a Dios por el sexo y el romance. Incluso antes, Friedrich Nietzsche propuso una teoría distinta. Escribió que, dado que la ausencia de Dios en la cultura occidental iba en aumento, sustituiríamos a Dios por el dinero:

Lo que induce a un hombre a usar una balanza trucada, a otro a incendiar su casa después de haberla asegurado por encima de su valor, mientras tres cuartas partes de nuestras clases sociales altas se permiten el fraude legalizado... ¿qué da pie a todo esto? No es una necesidad real, dado que su existencia no es precaria ni mucho menos... pero día y noche sienten una tremenda impaciencia al ver cómo sus riquezas se acumulan tan lentamente y les consume el anhelo y el amor igualmente terribles por esos montones de oro... Lo que antes se hacía «por amor a Dios» se hace ahora por amor al dinero, es decir, el amor a aquello que en el presente nos ofrece el sentimiento más intenso de poder y de buena conciencia.⁴²

En resumen, Nietzsche presagió que seguramente el dinero se convertiría en el principal dios falso de la cultura occidental.

Han sido innumerables los escritores y pensadores que han destacado “la cultura de la codicia” que ha venido debilitando nuestras almas y ha provocado el colapso económico. Sin embargo, nadie cree que las cosas cambien pronto. ¿Por qué? Porque la codicia y la avaricia resultan especialmente difíciles de detectar en nosotros mismos.

Un pastor estaba desarrollando una serie de charlas en siete partes, sobre los siete pecados capitales en una reunión matutina de varones. Su esposa le dijo: “Estoy

segura de que la semana que toques el tema de la codicia es cuando vendrán menos asistentes”. Y la esposa tenía razón. Cuando el pastor habló de la “lascivia”, la “ira” e incluso el “orgullo”, la sala estaba repleta. Pero nadie se considera codicioso.

En mi calidad de pastor, he visto a personas que han acudido a mí para confesar que luchan con casi todos los tipos de pecado. Casi. No recuerdo a nadie que haya venido y me haya dicho: “Gasto demasiado dinero en mí mismo. Creo que mi amor por el dinero perjudica a mi familia, a mi alma y a las personas que me rodean”. La codicia se oculta a los ojos de la víctima. El modus operandi del dios del dinero incluye la ceguera del corazón.

¿Cómo es que nadie dominado por la codicia la percibe? El dios falso del dinero usa poderosas dinámicas sociológicas y psicológicas. Todo el mundo tiende a vivir dentro de un paréntesis socioeconómico concreto. Una vez usted se pueda permitir vivir en un buen barrio, enviar a sus hijos a buenos colegios, entonces usted se verá rodeado automáticamente por bastantes personas que tienen más dinero que usted. Usted no se compara con el resto del mundo, se compara con los que comparten su paréntesis. El corazón humano siempre quiere justificarse y esta es una de las maneras más sencillas de hacerlo. Usted dice: “No vivo tan bien como él, ella o ellos. Comparados con ellos, mis ingresos son modestos” y de esa manera justificar su deseo de poseer más a costa de lo que sea.

Jesús advierte a las personas mucho más a menudo sobre la codicia que sobre el sexo, pero, sin embargo, nadie se considera culpable de este pecado. Por consiguiente, todos deberíamos partir de una hipótesis de trabajo de que “esto podría constituir fácilmente un problema para mí”. Si la codicia se esconde tan bien, nadie debe estar confiado de que ese problema no le va a afectar. ¿Cómo podemos detectar y librarnos de la capacidad que tiene el dinero para cegarnos?

El poder seductor del dinero

Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando por la ciudad. Y sucedió que un varón llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico. . . (Lucas 19:1-2)

Con unas pinceladas breves pero reveladoras, el Evangelio de Lucas nos presenta a Zaqueo. Era un “publicano” repudiado por su comunidad. Incluso hoy día, las personas que trabajan para el Servicio de Impuestos Internos no lo van publicando en las fiestas, pero debemos entender qué significaba ser publicano en aquel momento y lugar.

Israel era un país conquistado, sometido a una ocupación militar. Sus conquistadores, los romanos, exigían unos impuestos gravosos sobre cada colonia,

con objeto de enviar la mayor parte de la riqueza nacional a Roma y a sus ciudadanos. Esto empobrecía a las sociedades coloniales, lo cual las mantenía sometidas. Los únicos israelitas que vivían en el confort y la tranquilidad económica eran los romanos que gobernaban y sus colaboradores locales, los publicanos.

Su sistema de recaudación dependía de unos agentes que tenían la misión de reunir para sus superiores romanos los impuestos de cada región donde se aplicaran. Todo el mundo los despreciaba. El pueblo tachaba a Zaqueo de “pecador” (v. 7), lo cual significaba apóstata o paria. Si quiere hacerse una idea de la opinión que se tenía de estos funcionarios, piense en lo que la gente consideraba de los colaboradores que, bajo el dominio nazi, oprimieron a sus propios pueblos durante la Segunda Guerra Mundial; piense en los señores de la droga que se enriquecen esclavizando a miles de las personas más débiles de las ciudades; piense en los “extorsionadores de guante blanco”, que compran empresas y luego las destruyen, o venden hipotecas a personas humildes que no se lo pueden permitir, mientras amasan millones para ellos. Ahora, entenderá el estatus de los recaudadores de impuestos en aquella época.

¿Por qué iba alguien a aceptar un empleo como publicano? ¿Qué podría inducir a un hombre a traicionar a su familia y a su país, y vivir como un paria en su propia sociedad? La respuesta es el dinero. El incentivo que ofrecían los romanos a los publicanos era casi irresistible. El recaudador, respaldado por el poderío militar, tenía permiso para exigir mucho más dinero a sus compatriotas judíos de lo que se había comprometido a pagarle al gobierno.

Hoy día, a esto lo llamamos extorsión. Era un negocio extremadamente lucrativo. Los publicanos eran los ciudadanos más ricos de la sociedad y los más odiados.

Uno de los motivos por los que Lucas llama nuestra atención sobre Zaqueo es que no era un publicano corriente. Era un architelones (v. 2), literalmente, el “archirecaudador”. No es de extrañar que lo encontremos en Jericó, un centro aduanero importante. Como cabeza de todo un sistema, fue uno de los miembros más ricos y aborrecidos. Vivía en una época en la que, a diferencia de la nuestra, el consumo desmedido y el disfrute desbocado de la riqueza estigmatizaba a los ricos. Pero eso no le importaba. Había sacrificado todo lo demás por tener dinero.

El dinero como señor

Pablo afirma que el dinero es una forma de idolatría (Col. 3:5; Ef. 5:5). Lucas nos enseña lo mismo en su Evangelio.⁴⁴ En Lucas 12:15, Jesús dice a sus oyentes: “Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”.

¿Qué es la avaricia? En los pasajes que rodean esta afirmación, Lucas 11 y 12, Jesús advirtió a las personas que no se preocuparan en exceso de sus bienes

materiales. Para Jesús, la codicia no es sólo el amor al dinero, sino la preocupación excesiva por él. Nos da el motivo por el que nuestras emociones están controladas hasta tal punto por nuestra cuenta bancaria: “la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”. En este sentido, si su vida “consiste” en lo que usted posee y consume, es que tales cosas le definen. El verbo describe una identidad personal basada en el dinero. Se refiere a las personas que, si pierden su riqueza, no tienen un “yo” viable, porque su valor como personas se basa en su valor económico. Más adelante, Jesús llama a esto por su nombre.

“Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.” Y oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él. Entonces les dijo: “Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación”. (Lucas 16:13-15)

Jesús utiliza todas las metáforas bíblicas básicas sobre la idolatría y las aplica a la codicia y al dinero. Según la Biblia, los idólatras hacen tres cosas con sus ídolos. Los aman, confían en ellos y los obedecen.⁴⁵ “Quienes aman el dinero” son aquellos que se pasan el día soñando y fantaseando sobre nuevas maneras de ganar dinero, nuevos bienes que adquirir, y que miran con envidia a los que tienen más que ellos. “Quienes confían en el dinero” sienten que tienen el control de sus vidas y están a salvo y seguros gracias a su riqueza.

La idolatría también nos convierte en “siervos del dinero”. De la misma manera que servimos a los gobernantes y magistrados terrenales, “vendemos el alma” a nuestros ídolos. Como recurrimos a ellos para sentirnos valorados (amor) y seguros (confianza), hemos de tenerlos, y por consiguiente nos sentimos impulsados a servirlos y, en esencia, a obedecerlos. Cuando Jesús dice que “servimos” al dinero, usa una palabra que significa el servicio solemne y pactado que se presta a un rey. Si usted vive para el dinero, es un esclavo. Sin embargo, si Dios se convierte en el centro de su vida, esto destrona al dinero y lo vuelve contingente. Si su identidad y su seguridad se encuentran en Dios, el dinero no puede controlarle mediante la inquietud y el deseo. Es una cosa u otra. O bien sirve a Dios o se expone a la esclavitud de Mammón.

El lugar donde se muestra más evidente esta esclavitud es en la ceguera de los ricos frente a su propio materialismo. Fijémonos que, en Lucas 12, Jesús dice: “Guardaos de toda avaricia”. Es una afirmación notable. Pensemos en otro pecado tradicional contra el que advierte la Biblia: el adulterio. Jesús no dice “¡Cuidado con cometer adulterio!”. No tiene por qué. Cuando usted se acuesta con el cónyuge de otra persona, lo sabe. No se para a mitad de camino y dice “¡Huy, un momento! ¡Creo que estoy adulterando!”. Usted sabe que lo hace. Sin embargo, aunque está claro que el mundo está lleno de codicia y de materialismo, casi nadie piensa que tengan que ver con ellos. Todos lo niegan.

¿Podemos mirar de nuevo a Zaqueo y preguntarnos cómo pudo traicionar y perjudicar a tantas personas, cómo pudo estar dispuesto a que le odiaran de tal manera, cómo pudo haber estado tan cegado por el dinero que hizo todo lo que hizo y vivió de esa manera? Zaqueo no es más que un ejemplo de lo que Jesús ha enseñado a lo largo del libro de Lucas. El dinero es uno de los dioses falsos más frecuentes. Cuando se entroniza en su corazón, le controla por medio de sus ansiedades y deseos, y le induce a ponerlo por delante de todas las demás cosas.

La gracia y el dinero

Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado. Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. (Lucas 19:8-10)

Zaqueo quería seguir a Jesús y de inmediato se dio cuenta de que, si pretendía hacerlo, el dinero era un problema. Por lo tanto, hizo dos promesas notables.

Prometió dar la mitad de sus ingresos a los pobres. Esto superaba con creces el diezmo, el diez por ciento, que era lo que pedía la ley mosaica. Hoy día, dar incluso el diez por ciento de nuestro sueldo a la beneficencia parece una suma cuantiosa, aunque las personas ricas podrían hacer mucho más y aun así vivir sin estrecheces. Zaqueo sabía eso cuando hizo su oferta. Su corazón se había visto conmovido. Dado que sabía que la salvación no se alcanzaba por medio de la ley, sino de la gracia, no pretendía vivir solamente cumpliendo la ley; quería trascenderla.

Ha habido momentos en que las personas han acudido a mí, como su pastor, y me han preguntado sobre el “diezmo”, el acto de dar la décima parte de sus ingresos anuales. Se dan cuenta de que en el Antiguo Testamento hay muchos mandamientos claros de que los creyentes deben ofrendar el diez por ciento. Pero en el Nuevo Testamento, los requisitos específicos y cuantitativos sobre la ofrenda son menos prominentes. A menudo, me preguntaban: “No le parece que ahora, en el Nuevo Testamento, a los creyentes se les exige que den el diez por ciento de su dinero, ¿no?”. Cuando negaba con la cabeza, suspiraban de alivio. Pero entonces añadía rápidamente: “Les voy a decir por qué en el Nuevo Testamento no se especifica claramente el requisito sobre el diezmo. Piensen en ello. ¿Hemos recibido más de la revelación, la verdad y la gracia de Dios que los creyentes del Antiguo Testamento, o menos?”. Normalmente, se produce un silencio incómodo. “¿Somos más «deudores de la gracia» que ellos, o menos? Jesús, ¿dio el “diezmo” de su vida y de su sangre para salvarnos, o lo dio todo?”. El diezmo es el estándar mínimo para los creyentes cristianos. Sin duda, no querríamos dar menos de nuestros ingresos que aquellos que tenían una comprensión mucho menor de lo que Dios hizo para salvarles.

La segunda promesa de Zaqueo no tenía tanto que ver con la caridad y la misericordia, sino con la justicia. Había amasado mucho dinero mediante engaños. Había muchas personas de las que había obtenido unos ingresos exorbitantes. La ley mosaica también contemplaba este caso. Levítico 5:16 y Números 5:7 decretaban que, si una persona había robado algo, tenía que devolverlo con intereses. Había que devolverlo con un 20 por ciento de interés. Sin embargo, Zaqueo quería hacer mucho más. Daría “cuatro veces” la cantidad robada. Eso supone un interés del 300 por ciento.

Como respuesta a estas promesas, Jesús dijo: “Hoy ha venido la salvación a esta casa”. Fíjese que no dijo “Si vives así, la salvación vendrá a esta casa”. No, ha venido. La salvación de Dios no viene como respuesta a una vida transformada. La vida transformada es la respuesta a la salvación, ofrecida como un regalo.

Este fue el motivo de que Zaqueo tuviera un corazón y una vida nuevos. Si la salvación hubiera sido algo que se obtuviera como obediencia al código moral, la pregunta de Zaqueo habría sido “¿Cuánto tengo que dar?”. Sin embargo, esas promesas fueron respuestas a una gracia desbordante, generosa, que le llevaría a preguntar «¿Cuánto puedo dar?”. Se dio cuenta de que, aunque era rico materialmente, desde el punto de vista espiritual había estado en bancarrota, pero Jesús había derramado sobre él gratuitamente sus riquezas espirituales. Pasó de ser opresor de los pobres a adalid de la justicia. Pasó de acumular riquezas a costa de las personas que le rodeaban a servir a otros a expensas de su riqueza. ¿Por qué? Jesús había sustituido al dinero como salvador de Zaqueo, de manera que el dinero volvió a ser solamente eso, dinero. Ahora, era un instrumento para hacer el bien, para servir a las personas. Ahora que su identidad y su seguridad estaban enraizadas en Cristo, tenía más dinero del que necesitaba. La gracia de Dios había transformado su actitud hacia su riqueza.

La gracia y los ídolos profundos

Para entender cómo empezó a cambiar el corazón de Zaqueo, debemos pensar que los dioses falsos se presentan en grupos, haciendo que la estructura de la idolatría en el corazón sea compleja. Hay “ídolos profundos” dentro del corazón, bajo los “ídolos de superficie” más concretos y visibles a los que servimos.

El pecado en nuestros corazones afecta a nuestras motivaciones básicas, de modo que se vuelven idolátricas, “ídolos profundos”. Algunas personas se sienten profundamente motivadas por el deseo de influir y de tener poder, mientras a otras las emociona más la aprobación y el aprecio de los demás. Hay quienes anhelan por encima de todo el bienestar emocional y físico, mientras otros buscan la seguridad, el control de su entorno. A las personas con el ídolo profundo del poder no les importa ser impopulares si con ello obtienen influencia. Las personas más motivadas por la aprobación hacen lo contrario: renunciarán alegremente al poder y al control para que todo el mundo piense bien de ellos. Cada ídolo profundo (el poder, la aprobación, la

comodidad o el control) genera un conjunto diferente de temores y de esperanzas.

Los “ídolos de superficie” son cosas como el dinero, nuestro cónyuge o nuestros hijos, por medio de los cuales nuestros ídolos profundos buscan satisfacción. A menudo, cuando analizamos nuestras estructuras idolátricas, somos superficiales.

Por ejemplo, el dinero puede ser un ídolo de superficie que sirva para satisfacer impulsos más fundamentales. Algunas personas quieren tener mucho dinero como vía para controlar su mundo y su vida. Por lo general, estas personas no gastan mucho dinero y viven muy modestamente. Lo tienen todo bien guardado e invertido, de modo que se sienten totalmente seguros en el mundo. Otros quieren dinero para tener acceso a círculos sociales y para estar guapos y atractivos. Estas personas sí que gastan el dinero en sí mismos, con prodigalidad. Hay quienes quieren tener dinero porque este les da un gran poder sobre otros. En cualquier caso, el dinero funciona como un ídolo y aun así, debido a los diversos ídolos profundos, da como resultado patrones conductuales muy distintos.

La persona que usa el dinero para servir a un ídolo profundo como el del control, a menudo se sentirá superior a las personas que lo usan para alcanzar el poder o la aprobación social. Sin embargo, en todos los casos la idolatría del dinero esclaviza y distorsiona vidas. En cierta ocasión, otro pastor de mi iglesia aconsejó a un matrimonio que había tenido graves conflictos sobre su administración del dinero. La esposa consideraba que su marido era un avaro. Un día, el pastor estaba hablando a solas con el marido, que se quejaba amargamente sobre lo manirrota que era su esposa. “¡Es tan egoísta, gasta tanto dinero en ropa y en su aspecto!” Entendía claramente cómo la necesidad de su esposa de estar atractiva para otros influía en su uso del dinero. Entonces, el pastor le expuso el concepto de ídolos profundos y de superficie. “¿Se da cuenta de que por no gastar o dar nada, al guardar cada céntimo, es igual de egoísta que ella? «Gasta» absolutamente todo en su necesidad de sentirse seguro, protegido, en tener el control”. Afortunadamente para el consejero, el hombre quedó más conmocionado que furioso. “Nunca lo había visto así”, dijo, y las cosas empezaron a cambiar en aquel matrimonio.

Por este motivo, los ídolos no se pueden erradicar eliminando sencillamente los de superficie, como el dinero o el sexo. Podemos mirarlos y decir: “Tengo que quitarle importancia a esto en mi vida. No debo permitir que me controle. Lo detendré”. Los ataques directos como ese no funcionarán, porque a los ídolos profundos se los debe atacar en el nivel del corazón. Sólo hay una manera de cambiar en ese nivel, y es por medio de la fe en el evangelio.

La pobreza de Cristo

En 2 Corintios 8 y 9, Pablo pide a una iglesia que haga una ofrenda para los pobres. Aunque es un apóstol con autoridad, escribe: “No hablo como quien manda” (2 Co. 8:8). Lo que quiere decir es: “No pretendo ordenaros nada. No quiero que esta

ofrenda sea solamente la respuesta a una petición”. No presiona directamente la voluntad diciendo: “Soy apóstol; haced lo que os digo”. Más bien, desea ver “la sinceridad del amor vuestro” y entonces añade las famosas palabras:

Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos. (2 Corintios 8:9)

Jesús, el Dios-hombre, tenía unas riquezas infinitas, pero, si se hubiera apegado a ellas, nosotros habríamos muerto en nuestra pobreza espiritual. Esta era la alternativa: si él seguía siendo rico, nosotros moriríamos pobres. Si él moría pobre, nosotros nos enriqueceríamos; nuestros pecados serían perdonados y seríamos admitidos en la familia de Dios. Pablo no se limitaba a dar a esta iglesia un mero precepto ético, exhortándoles a que dejaran de amar el dinero y fueran más generosos. Más bien, resumió el evangelio.

Esto es lo que decía Pablo. Jesús renunció a su tesoro celestial para hacer de vosotros su tesoro, pues vosotros sois un pueblo “adquirido por Dios” (1 Pedro 2:9-10). Cuando usted le vea morir para convertirle en su especial tesoro, él pasará a ser suyo. El dinero dejará de ser el fundamento de su existencia y de su seguridad, y querrá bendecir a otros con lo que usted tenga. Cuanto más comprenda el evangelio, menos poder tendrá el dinero sobre usted. Piense en la gracia incalculable de Dios hasta que esto le convierta en alguien generoso.

La solución para la tacañería es una reorientación hacia la generosidad de Cristo en el evangelio, cómo él derramó su riqueza por mí. Ahora, no tienes que preocuparte por el dinero: la cruz demuestra que Dios cuida de ti y te dará seguridad. Ya no tienes que envidiar el dinero de nadie. El amor y la salvación de Dios te confieren un estatus notable, algo que el dinero no puede darte. El dinero no puede librarnos de tragedias ni darnos el control en medio de un mundo caótico. Sólo Dios puede hacerlo. Lo que destruye el poder del dinero sobre nosotros no es simplemente que nos esforcemos el doble por seguir el ejemplo de Cristo. Antes bien, consiste en profundizar su comprensión de la salvación de Cristo, lo que tiene en él, y luego vivir en la práctica los cambios que provoca ese entendimiento en su corazón, que es donde radican su mente, su voluntad y sus emociones. La fe en el evangelio reestructura nuestras motivaciones, la forma de entendernos a nosotros mismos y nuestra identidad, nuestra visión del mundo. El acatamiento conductual a unas reglas sin que medie un cambio de corazón genuino será superficial y transitorio.

El ser humano debe tener un ídolo

Andrew Carnegie se convirtió en uno de los hombres más ricos del mundo cuando su acería, precursora de U. S. Steel, se convirtió en la empresa más rentable del mundo. En sus primeros tiempos de éxito, cuando sólo contaba con 33 años, Carnegie analizó implacablemente su corazón y redactó un memorándum dirigido a

sí mismo.

El ser humano debe tener un ídolo. La acumulación de riqueza es uno de los peores tipos de idolatría. No hay un ídolo más degradante que la adoración al dinero. Por consiguiente, cuando lleve adelante un proyecto, debo tener prudencia para elegir la vida que eleve más mi carácter. Si sigo mucho más tiempo agobiado por las inquietudes laborales y centrando la mayor parte de mis pensamientos en la planificación para ganar más dinero en menos tiempo, esto me degradará hasta un punto más allá de toda esperanza de recuperación permanente. Dejaré de trabajar a los 35 años, pero, durante estos dos años restantes, dedicaré las tardes a instruirme y a leer sistemáticamente.

La seducción del éxito

La satisfacción evanescente

Madonna, la leyenda del pop, describe con sus propias palabras la seducción del éxito:

Tengo una voluntad de hierro, que he concentrado siempre en superar una terrible sensación de indignidad... Supero uno de esos episodios y descubro que soy un ser humano especial, y luego llega otro bache y pienso que soy mediocre y carente de interés... una y otra vez. Lo que me impulsa en la vida es este miedo espantoso a la mediocridad. Y no deja de empujarme y empujarme. Porque, aunque me he convertido en Alguien, aún tengo que demostrar que lo soy. Mi lucha nunca ha acabado y es probable que no acabe jamás.

Para Madonna, el éxito es como una droga que le proporciona un sentido de importancia y de valor, pero el efecto se disipa rápidamente y necesita tomar otra dosis. Debe hacerse una demostración tras otra a sí misma. La fuerza impulsora tras esto no es la alegría, sino el miedo.

Hoy en día, los mejores no abusan del alcohol. Abusan de sus vidas... Si uno tiene éxito, le pasarán cosas buenas. Si remata un proyecto, se siente dinamita pura. Esa sensación no dura para siempre y uno acaba volviendo a su estado normal. Usted piensa: "Tengo que empezar un proyecto nuevo" y esto sigue siendo normal. Pero le encanta esa sensación de euforia, de modo que precisa volver a sentirla. El problema es que no se puede permanecer en ese estado. Pongamos que trabaja en un proyecto y no lo aprueban. Su autoestima corre peligro, porque la ha edificado sobre la aprobación externa. Al final, siguiendo este ciclo, recae en el nivel del dolor cada vez con mayor frecuencia. Los momentos de euforia se vuelven más insulsos. Es posible

que obtenga un triunfo superior al que se le escapó, pero de alguna manera este no le conduce a la euforia. La próxima vez uno ni siquiera vuelve al estado normal debido a su desesperación por rematar el siguiente proyecto... Un “adicto al éxito” no se distingue en nada de cualquier otro tipo de adicto.

Al final, los éxitos no ofrecen respuesta a las grandes preguntas:

¿Quién soy? ¿Qué valgo realmente? ¿Cómo me enfrento a la muerte? Solamente proporcionan el espejismo transitorio de una respuesta. Se produce un aluvión inicial de felicidad que nos induce a pensar que ya hemos llegado, estamos incluidos, nos han aceptado y hemos demostrado nuestra valía. Sin embargo, esa satisfacción desaparece pronto.

La idolatría del éxito

Más que los otros ídolos, el éxito personal produce la sensación de que somos dioses, de que nuestra seguridad y nuestro valor descansan sobre nuestra sabiduría, fortaleza y rendimiento. Ser el mejor en la actividad que uno desempeña, estar por encima de los demás, significa que nadie es como usted. Está en la cima.

Un indicio de que usted ha convertido el éxito en un ídolo es la falsa sensación de seguridad que le aporta. Los pobres y los marginados esperan sufrir, saben que la vida en este mundo es “peligrosa, brutal y breve”. A las personas de éxito, los problemas les impactan mucho más y les superan. En mi calidad de pastor, a menudo he escuchado a personas procedentes de lo alto de la escala social que, cuando se enfrentaban a una tragedia, decían “La vida no debería ser así”. En todos los años como pastor, jamás he escuchado estas palabras en boca de miembros de la clase obrera ni de los pobres. La falsa sensación de seguridad es el resultado de deificar nuestros éxitos y esperar que nos mantengan a salvo de los problemas de esta vida de un modo que sólo Dios puede hacer.

Otra señal de que usted ha convertido el éxito en un ídolo es que distorsiona la visión que tiene de sí mismo. Cuando sus éxitos constituyen el fundamento de su valor como persona, pueden inducirle a tener una visión exagerada de sus capacidades. En cierta ocasión, una periodista me contó que asistió a una cena con un hombre de negocios muy rico y con mucho éxito. El empresario dominó la conversación durante toda la velada, pero la periodista se dio cuenta de que casi ninguno de sus comentarios hablaba de la economía y las finanzas, el único campo en el que era un experto. Cuando hacía sus afirmaciones sobre el diseño de interiores, los colegios no mixtos o la filosofía, se comportaba como si sus opiniones estuvieran igual de informadas y poseyera la misma autoridad. Si para usted el éxito es algo más que éxito, si constituye el baremo de su valor como persona, entonces el éxito en un área limitada de su vida le hará creer que es un experto en todos los campos. Como es lógico, este paradigma conduce a tomar todo tipo de malas decisiones. Esta visión distorsionada de nosotros mismos forma parte de la ceguera ante la realidad que según

la Biblia siempre acompaña a la idolatría (Sal. 135:15-18; Ez. 36:22-36).

No obstante, la señal inequívoca de que hemos caído en la idolatría del éxito es que nos damos cuenta de que no podemos mantener la confianza en nosotros mismos en esta vida a menos que figuremos entre los primeros del campo de actividad que hemos elegido. Chris Evert fue una de los mejores tenistas en los Estados Unidos de las décadas de 1970 y 1980. Su historial de victorias y derrotas fue el mejor entre todos los tenistas individuales de la historia. Pero, cuando se planteó la jubilación, se bloqueó. Como le dijo a un entrevistador:

No tenía ni idea de quién era yo, o de quién podría ser alejada del tenis. Me sentía deprimida y asustada porque buena parte de mi vida la había definido el hecho de ser una campeona en el tenis. Estaba totalmente perdida. Ganar me hacía sentir ser alguien, me hacía sentir hermosa. Era como estar enganchada a una droga. Para tener una identidad necesitaba las victorias, el aplauso.

Cometeríamos un error si pensáramos que esta idolatría solamente se aplica a individuos. Es posible también que todo un campo de profesionales esté tan enamorado de sus capacidades y sus políticas que las consideren una vía de salvación. Los científicos, sociólogos, terapeutas y políticos ¿admiten las limitaciones de lo que pueden conseguir o hacen afirmaciones “mesiánicas”? Es conveniente aplicar la humildad al hablar de lo que puede hacer una política pública o un progreso tecnológico para resolver los problemas de la raza humana.

La cultura de la competición

Nuestra cultura contemporánea nos hace especialmente vulnerables a la posibilidad de convertir el éxito en un dios falso. En su libro *Un mundo sin hogar*, Peter Berger señala que, dentro de las culturas tradicionales, el valor de una persona se mide en términos de “honor”. Se honra a quienes cumplen el papel que tienen asignado dentro de la comunidad, ya sea el del ciudadano, padre, madre, maestro o dirigente. Sin embargo, la sociedad moderna es individualista y fundamenta el valor de una persona en la “dignidad”. La dignidad significa el derecho que tiene cada persona a desarrollar su propia identidad y su yo, libre de cualquier rol o categoría que le asigne la sociedad. Por lo tanto, la sociedad moderna presiona enormemente a los individuos para que demuestren su valor por medio de los éxitos personales. Ser un buen ciudadano o miembro de una familia no basta. Uno tiene que ganar, que llegar a la cima, para demostrar que es uno de los mejores.

El libro de David Brooks *On Paradise Drive* describe lo que él llama “la profesionalización de la infancia”. Desde los primeros años, la alianza entre padres y centros educativos crea una olla a presión de competencia, destinada a producir alumnos que destaquen en todo. Brooks califica a este sistema como “un aparato orgánico gigantesco... un poderoso Exitador”. La familia ya no es lo que en otros tiempos Christopher Lasch definía como “un puerto seguro en un mundo sin

corazón”, una compensación de esos territorios de la vida en los que impera la ley de la selva.

En lugar de eso, la familia se ha convertido en la guardería donde se cultiva por primera vez el anhelo de obtener el éxito.

Muchos educadores saben desde hace años: que cada vez es mayor el número de adultos jóvenes que han intentado insertarse en los campos de las finanzas, la consultoría, el derecho corporativo y la medicina especializada, debido a los sueldos elevados y al aura de éxito que aportan hoy día tales profesiones. Muchas personas hacen esto sin tener muy en cuenta las cuestiones más amplias del sentido y el propósito. Es decir, eligen una profesión no como respuesta a la pregunta:

“¿Qué trabajo ayuda a las personas a prosperar?”, sino “¿Qué trabajo me ayudará a prosperar?”. Como resultado, los empleos poco satisfactorios producen un alto grado de frustración.

Si nuestra cultura al completo nos anima poderosamente para que aceptemos a este dios falso, ¿cómo podremos evitarlo?

Con éxito, pero muerto

Uno de los hombres con mayor éxito y más poderoso del mundo en su época fue Naamán, cuya historia se relata en la Biblia, en 2 Reyes 5. Naamán tuvo lo que algunos llamarían “una vida de diseño”. Fue comandante del ejército de Aram, país al que hoy llamamos Siria. También era el equivalente al primer ministro de la nación, dado que el rey de Siria “se apoyaba en su brazo” durante las ceremonias de Estado formales (2 R. 5:18). Era un hombre rico y un soldado valeroso, muy condecorado y honrado. Sin embargo, todos estos grandes éxitos y capacidades habían topado con la horma de su zapato.

Naamán, general del ejército del rey de Siria, era varón grande delante de su señor, y lo tenía en alta estima, porque por medio de él había dado Jehová salvación a Siria. Era este hombre valeroso en extremo, pero leproso. (2 Reyes 5:1)

Fijémonos cómo el autor de 2 Reyes acumula los nombramientos y los éxitos, y, de repente, añade que, a pesar de todos ellos, aquel hombre era un muerto viviente. En la Biblia, la enfermedad conocida como lepra abarcaba una serie de enfermedades dérmicas letales, que agostaban la piel y que lentamente incapacitaban, desfiguraban y, por último, mataban a sus víctimas. En sus tiempos, esa palabra tenía las mismas connotaciones que cáncer tiene en los nuestros. El cuerpo de Naamán experimentaba una explosión a cámara lenta. Su cuerpo se inflamaba, su piel y sus huesos se romperían, y entonces se le caerían a pedazos mientras se iba muriendo centímetro a centímetro. Naamán lo tenía todo: riquezas, destreza atlética, admiración popular,

pero, por debajo de todo eso, se estaba haciendo literalmente pedazos.

Una de las motivaciones principales para el deseo de tener éxito es la esperanza de penetrar en el “círculo interior”. C. S. Lewis escribió con mucha agudeza sobre este tema en uno de sus ensayos más famosos.

No creo que el motivo económico y el motivo erótico expliquen todo lo que sucede en el mundo. Es un deseo... un anhelo de estar dentro, que adopta muchas formas... Uno quiere... el conocimiento exquisito de que sólo nosotros cuatro o cinco somos las personas que (realmente) saben... Mientras esté gobernado por este deseo, nunca estará satisfecho. Hasta que conquiste el miedo a ser un forastero, seguirá siendo un forastero...

¿Qué quiere decir Lewis con esto de “seguirá siendo un forastero”? Naamán disponía de éxito, dinero y poder, pero era leproso. Se supone que el éxito, la riqueza y el poder hacen de usted alguien con acceso a un ámbito privilegiado, admitido en los círculos sociales más selectos y más exclusivos. Sin embargo, su enfermedad dermatológica contagiosa le había convertido en un paria. Todos sus éxitos eran inútiles, dado que aquel hombre no podría superar su alienación social ni su desespero emocional.

Aquí es donde la historia de Naamán funciona como una parábola. Muchas personas buscan el éxito como medio para superar la sensación de que son, en cierto sentido, “forasteros”. Piensan que, si lo alcanzan, les abrirá las puertas de los clubes, los entornos sociales, las relaciones con los conectados y los influyentes. Por último, piensan ellas, serán aceptadas por todos los individuos importantes de verdad. El éxito promete hacer eso, pero al final no lo cumple. La lepra de Naamán representa la realidad de que el éxito no puede proporcionar la satisfacción que andamos buscando. Muchas de las personas de mayor éxito confiesan que siguen sintiéndose “forasteras” y albergan dudas sobre sí mismas.

Buscando en el lugar equivocado

Y de Siria habían salido bandas armadas, y habían llevado cautiva de la tierra de Israel a una muchacha, la cual servía a la mujer de Naamán. Esta dijo a su señora: Si rogase mi señor al profeta que está en Samaria, él lo sanaría de su lepra. (2 Reyes 5:2-3)

La esposa de Naamán tenía una esclava que le habló del gran profeta que vivía en Israel. Naamán, estaba tan desesperado como para aferrarse a este clavo ardiendo, partió para Israel en busca de Eliseo para que le curase. Con él, llevó “diez talentos de plata, y seis mil piezas de oro, y diez mudas de vestidos”, además de una carta de referencia del rey de Siria al rey de Israel, donde decía: “Cuando lleguen a ti estas cartas, sabe por ellas que yo envío a mi siervo Naamán, para que lo sanes de su lepra” 2 R. 5:5-6. Naamán se dirigió de inmediato al rey de Israel, dándole la carta y ofreciéndole el dinero. Esperaba que, gracias al dinero y a la carta, el rey de Israel

ordenaría al profeta que le sanara y podría volver a su casa siendo un hombre sano.

Naamán esperaba obtener su cura por medio de cartas que le recomendaban, enviadas por un rey a otro rey. Pensaba que podría recurrir a su éxito para solventar sus problemas. Naamán no entendía que hay algunas cosas que solamente puede hacer Dios. La esclava había dicho a Naamán simplemente que fuera a ver al profeta de Israel, que acudiese directamente a él y le pidiera una cura. Esto no encajaba con el paradigma del mundo que tenía Naamán. En lugar de hacerlo, reunió una cantidad enorme de dinero, se procuró una carta de recomendación de la máxima fuente posible y acudió a ver al hombre más importante de Israel, el rey. Sin embargo, este no se mostró complacido.

Luego que el rey de Israel leyó las cartas, rasgó sus vestidos, y dijo: ¿Soy yo Dios, que mate y dé vida, para que este envíe a mí a que sane a un hombre de su lepra? Considerad ahora, y ved cómo busca ocasión contra mí.
(2 Reyes 5:7)

Naamán y el rey sirio creían que en Israel la religión funcionaba como lo hacía prácticamente en todas las naciones en aquel tiempo, y en muchos países hoy día. Creían que la religión era un tipo de control social. El principio operativo de la religión es este: si vives una buena vida, entonces los dioses o Dios tendrán que bendecirte y darte prosperidad. Por lo tanto, era natural dar por hecho que las personas de mayor éxito en una sociedad fueran las más cercanas a Dios. Serían los individuos que podrían obtener de Dios lo que quisieran. Por eso, la religión tradicional siempre espera que los dioses obren por medio de las personas con éxito, no de los forasteros ni de los fracasados. Por eso, Naamán fue directamente al rey.

No obstante, el rey israelita lee la carta y se rasga las vestiduras. Sabe que el rey sirio no entenderá que el Dios de Israel es diferente y que no puede ordenarle que sane a Naamán. El Dios de Israel no está sujeto a una correa, no se le puede comprar ni propiciar. Los dioses de la religión se pueden controlar. Si les ofrecemos trabajo duro y devoción, entonces nos sonreirán. Sin embargo, al Dios de Israel no se le puede abordar así. Todo lo que nos da es un regalo de su gracia.

Cuando el rey de Israel exclamó “¿Soy yo Dios? ¿Puedo matar y dar la vida?”, apuntó al centro mismo del problema de Naamán. Este había convertido el éxito en un ídolo. Esperaba que, gracias a sus hazañas, podía acercarse a otros en su “clase de éxito” y obtener lo que necesitara. Pero el éxito, el dinero y el poder no pueden “matar y dar la vida”.

Cuanto más estudio este pasaje con el paso de los años, más admiro a Naamán. Se trataba de una persona buena y competente. Pero esto lo único que demuestra es que ni la mejor persona de este mundo tiene la más mínima idea de cómo buscar a Dios. No seamos muy duros con él. Mueve los hilos, deja caer nombres, gasta mucho dinero y va a lo más alto. De esta forma nos relacionamos con todos los seres humanos importantes, de modo que, ¿por qué no hacerlo también con

Dios? Pero el Dios de la Biblia no es así. Naamán es un hombre que busca un dios dócil, pero el Dios de la Biblia no está domesticado. Naamán busca a un dios que pueda estar en deuda con un hombre, pero encuentra un Dios de gracia, ante el cual todos estamos muy endeudados. Naamán busca a un Dios privado, un Dios para uno solo, no un Dios para todo el mundo, pero el Dios de la Biblia es el Dios de todos, tanto si lo reconocemos como si no.

Algo grande

Cuando Eliseo el varón de Dios oyó que el rey de Israel había rasgado sus vestidos, envió a decir al rey: ¿Por qué has rasgado tus vestidos? Venga ahora a mí, y sabrá que hay profeta en Israel. Y vino Naamán con sus caballos y con su carro, y se paró a las puertas de la casa de Eliseo.
(2 Reyes 5:8-9)

Naamán acudió a la casa de Eliseo, y lo que vio y escuchó en ella le escandalizó. El profeta, que, por lo visto, no era consciente del honor que se le estaba haciendo, ni siquiera salió a la puerta. Se limitó a enviar a su criado para que hablase con Naamán. El segundo impacto fue el propio mensaje.

[El mensajero dijo] Ve y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne se te restaurará, y serás limpio. Y Naamán se fue enojado, diciendo: He aquí yo decía para mí: Saldrá él luego, y estando en pie invocará el nombre de Jehová su Dios, y alzaré su mano y tocará el lugar, y sanará la lepra. Abana y Farfar, ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? Si me lavase en ellos, ¿no seré también limpio? Y se volvió, y se fue enojado. Mas sus criados se le acercaron y le hablaron diciendo: Padre mío, si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías? ¿Cuánto más, diciéndote: Lávate, y serás limpio?
(2 Reyes 5:10-13)

Naamán esperaba que Eliseo tomara el dinero y realizase algún ritual mágico. O, pensaba para sí, si Eliseo no quería el dinero, al menos pediría que Naamán hiciera “alguna gran cosa” para ganarse la sanidad. En lugar de eso, le dijo simplemente que fuera a bañarse siete veces en el río Jordán. Al oírlo, se marchó airado.

¿Por qué? Una vez más, alguien ponía en tela de juicio el paradigma de Naamán sobre el mundo. Acababa de descubrir que aquel Dios no es una extensión de la cultura, sino su transformador; no un Señor controlable, sino soberano. Ahora, se enfrentaba a un Dios que, en sus tratos con los seres humanos, usa siempre el fundamento de su gracia. Ambas cosas van de la mano. Nadie puede controlar al Dios verdadero, porque nadie puede ganar, merecer o conseguir su bendición y su salvación. Naamán estaba furioso porque pensaba que le pedirían que hiciera algo complicado, una misión adecuada para la imagen que tenía de sí mismo y su visión del mundo. Pero el mensaje de Eliseo era insultante. “Cualquier idiota, cualquier niño, puede acercarse y chapotear en el Jordán”, pensó. “¡Eso no requiere ninguna

capacidad especial!”. Exactamente. Es una salvación para todos, buenos o malos, débiles o fuertes.

Hasta que Naamán entendiera que Dios era un Dios de gracia, cuya salvación no se puede ganar, sólo recibir, seguiría estando esclavizado a sus ídolos. Seguiría usándolos para obtener una seguridad y una importancia que no podían ofrecerle. Sólo, si comprendía la gracia de Dios, entendería que, en última instancia, todos sus triunfos fueron regalos de Dios. Sí, Naamán había invertido muchas energías para conseguirlos, pero solamente con talentos, habilidades y oportunidades que Dios le había dado. Había dependido de la gracia divina toda su vida, pero sin saberlo.

Por lo tanto, “ve y lávate” era un mandato que resultaba difícil debido a lo fácil que era de cumplir. Para hacerlo, Naamán tenía que admitir que estaba indefenso, que era débil y debía recibir la salvación como un regalo. Si usted desea la gracia de Dios, lo único que precisa es la necesidad, lo único que necesita son unas manos vacías. Pero resulta difícil reunir ese tipo de humildad espiritual. Nos acercamos a Dios diciendo “Mira todo lo que he hecho” o quizá “Fíjate en todo lo que he sufrido”. Sin embargo, Dios quiere que miremos a él, que simplemente nos lavemos.

Naamán tenía que aprender cómo “hacer morir su «hacer» letal”, una frase que procede de un antiguo himno:

Haz morir tu «hacer» letal y ponlo a los pies de Jesús, pues sólo en él alcanzarás la gloriosa plenitud.

La pequeña sierva sufriendo

En todos los libros de la Biblia, los escritores enfatizan sin cesar que la gracia y el perdón de Dios, aunque son gratuitos para quienes los reciben, son siempre onerosos para quien los da. Desde los primeros pasajes de la Biblia, quedó claro que Dios no podía perdonar sin que mediase un sacrificio. Nadie que padezca una ofensa grave puede “simplemente perdonar” al ofensor. Si a usted le han robado dinero, o una oportunidad, o la felicidad, puede hacer que el perpetrador reciba su merecido o puede perdonarle. Pero, cuando le perdona, eso quiere decir que usted asimila la pérdida y la deuda. La carga sobre sus propios hombros. Por lo tanto, todo perdón es costoso.

Resulta notable con qué frecuencia las narrativas bíblicas hacen referencia a este principio básico. También en este relato alguien tuvo que sufrir con paciencia y amor para que Naamán recibiera su bendición. Me refiero al personaje de la narración que entra y sale de ella con tanta rapidez que apenas es visible. Sin embargo, en cierto sentido es el personaje más importante del relato. ¿Quién era? La joven esclava de la mujer de Naamán, que fue raptada por una banda de merodeadores sirios. Con suerte,

eso significaba que habían capturado también a su familia y los habían vendido como esclavos. También podía significar que los habían exterminado delante de sus ojos. Cuando la conocemos en el relato, está en lo más bajo del escalafón inferior de la estructura social siria. Es una forastera étnica, una esclava, una mujer... y, además, joven, quizá de entre doce y catorce años. En resumen, es alguien a quien han arruinado por completo la vida. ¿Y quién es el responsable? El mariscal de campo Naamán, el comandante militar supremo. Sin embargo, ¿cómo reacciona ella cuando se entera de que su Némesis se ha visto afectado por la lepra?

Si ponemos el corazón en llegar a lo más alto, pero en lugar de eso nos encontramos en el primer peldaño de la escalera, normalmente nos sumiremos en el cinismo y en la amargura agudos. Buscaremos con desespero a nuestro alrededor a alguien a quien culpar por nuestros fracasos. Incluso puede que nos permitamos fantasear sobre la venganza. Sin embargo, la joven esclava no cayó en esa trampa. ¿Acaso dijo “¡Ja, lepra! ¡Hoy he visto cómo se le caía otro dedo! ¡Ah, bailaré sobre su tumba!”? No, en absoluto. Fijémonos en sus palabras: “si rogase mi señor al profeta”... En estas palabras, hallamos simpatía e interés. Es evidente que quería aliviar su sufrimiento y salvarle. No había ningún otro motivo para hablarle del profeta. Pensemos en ello. Ahora, Naamán estaba en sus manos. Lo que ella sabía podía salvarle, y callándose lograría hacerle sufrir tremendamente. Podía haberle hecho pagar sus pecados y que él pagase el precio por lo que le había hecho. La había tratado mal y ahora ella podía devolverle el favor.

Sin embargo, no lo hizo. Esta heroína anónima de la Biblia se negó a aliviar su propio sufrimiento haciendo sufrir a su señor. Hizo lo que toda la Biblia nos dice que hagamos. No buscó venganza, confió en que Dios sería el juez de todos. Perdonó a Naamán y se convirtió en el medio para su sanación y salvación. Confió en Dios y soportó su sufrimiento con paciencia. Como dijo en cierta ocasión sobre ella el predicador británico Dick Lucas: “Pagó el precio de ser útil”. Padeció y perdonó, sin saber hasta qué punto Dios usaría su sacrificio.

El gran Siervo Sufriente

Este tema bíblico, que el perdón siempre exige a un siervo que sufra, encuentra su punto culminante en Jesús, que cumple las profecías de un Siervo Sufriente que vendría para salvar el mundo (Isaías 53). Aunque había vivido en el gozo y la gloria con su padre, lo perdió todo. Se convirtió en un ser humano, un siervo, que padeció palizas, la cárcel y la muerte. Cuando miró desde lo alto de la cruz a sus presuntos amigos, viendo cómo alguno le negaba, cómo otro le traicionaba y cómo todos le abandonaban, pagó el precio. Les perdonó y murió en la cruz por ellos. En la cruz, vemos a Dios haciendo en el nivel cósmico lo que todos tenemos que hacer cuando perdonamos. Allí, Dios cargó en persona con el castigo y la deuda del pecado. La pagó para que nosotros no tuviéramos que hacerlo.

De todos los temas que más nos obsesionan... el éxito es aquel sobre el que

más mentimos; decimos que el éxito y su primo el dinero nos darán seguridad, que el éxito y su primo el poder nos harán importantes, que el éxito y su prima la fama nos harán felices. Es hora de decir la verdad: ¿por qué las personas más listas, capaces y exitosas de nuestra generación corren riesgos tan exagerados? La gente recurre al medio que sea para obtener dinero, poder y gloria... y luego, autodestruirse.

¡A lo mejor es que, de entrada, no querían tales cosas! O quizá no les gustó lo que vieron cuando al final las alcanzaron.

Al ídolo del éxito no se lo puede derribar, hay que sustituirlo. El deseo del corazón humano de obtener un objeto valioso concreto se puede conquistar, pero la necesidad de tener unos cuantos ejemplares del mismo es insuperable.

¿Cómo podemos impedir que nuestro corazón se vuelque en hacer “algo grande” para curarnos de nuestra sensación de insuficiencia, para dotar de sentido a nuestras vidas? Sólo cuando veamos lo que ha hecho por nosotros Jesús, nuestro gran Siervo Sufriente, entenderemos de verdad por qué la salvación de Dios no nos exige que hagamos “algo grande”. No tenemos que hacerlo, porque Jesús ya lo ha hecho. Por eso, podemos limitarnos a “ir a lavarnos”. Jesús lo hizo todo por nosotros, y él nos ama; así es como sabemos que nuestra existencia está justificada. Cuando creemos intelectualmente en lo que consiguió para nosotros, y cuando lo que hizo por nosotros motiva a nuestro corazón, esto empieza a aniquilar esa adicción que es la necesidad de tener éxito a toda costa.

El fin de la idolatría

Naamán se humilló y se dirigió al Jordán. Los resultados fueron increíbles. Él entonces descendió, y se zambulló siete veces en el Jordán, conforme a la palabra del varón de Dios; y su carne se volvió como la carne de un niño, y quedó limpio. Y volvió al varón de Dios, él y toda su compañía, y se puso delante de él, y dijo: He aquí ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel. Te ruego que recibas algún presente de tu siervo. Mas él dijo: Vive Jehová, en cuya presencia estoy, que no lo aceptaré. Y le instaba que aceptara alguna cosa, pero él no quiso. (2 Reyes 5:14-16)

El relato bíblico de la salvación ataca por todas partes a nuestra adoración del éxito. Para curarse, Naamán tuvo que aceptar lo que le dijo primero una esclava, más tarde un criado de Eliseo y, por último, otros siervos propios. En aquellos días, los nobles y poderosos trataban a tales personas como si tuvieran la misma importancia que un animal doméstico o una bestia de carga. Sin embargo, Dios envió su mensaje de salvación por medio de ellos. La respuesta no vino del palacio, ¡sino de los alojamientos de los esclavos! Por supuesto, el ejemplo último de este tema es el propio Jesucristo. No vino a Roma, Alejandría o China, sino a una colonia sin importancia. No nació en un palacio, sino en un pesebre, en un establo.

No le busques en cortes ni palacios, ni descorras cortinas en algún castillo.

Busca a tu Dios entrando en un establo:sobre la paja yace envuelto un niño.

Durante todo su ministerio, los discípulos no dejaron de preguntar a Jesús: “¿Cuándo vas a hacerte con el poder? ¿Cuándo vas a dejar de confraternizar con el pueblo llano? ¿Cuándo empezarás a realizar buenos contactos y a reunir dinero? ¿Cuándo reclamarás el poder? ¿Cuándo serán las primarias? ¿Y nuestro especial televisivo?”. En lugar de eso, Jesús sirvió humildemente y luego fue torturado y ejecutado. Incluso cuando Jesús resucitó de los muertos, se apareció primero a mujeres, unas personas que carecían de estatus social. La salvación de Jesús no se recibe sintiéndose fuerte, sino admitiendo la debilidad y la necesidad. Y la salvación de Jesús no se produjo mediante la fuerza, sino por medio de la entrega, el servicio, el sacrificio y la muerte. Este es uno de los grandes mensajes de la Biblia: Dios elige a lo débil de este mundo para avergonzar a lo fuerte; a lo necio y despreciado, para avergonzar a lo sabio, e incluso las cosas que no son, para anonadar las cosas que son (1 Co. 1:29-31). Así es cómo actúa Dios.

Los ídolos ocultos en nuestras vidas

Hasta ahora, hemos examinado los ídolos personales, tales como el amor romántico, la prosperidad económica o el éxito político. Estos dioses falsos no son tan difíciles de localizar. Sin embargo, hay otros que influyen en nosotros, pero que están más escondidos. No son los ídolos de nuestro corazón, sino los de nuestra cultura y nuestra sociedad.

Los ídolos en nuestra cultura

En el libro: “El verdadero sueño americano: una reflexión sobre la esperanza”, Andrew Delbanco escribió: “Utilizaré el término cultura para referirme a las historias y los símbolos mediante los cuales intentamos mantener a raya la sospecha melancólica de que vivimos en un mundo que no tiene sentido”.

En el meollo de toda cultura, encontramos su “esperanza” principal, que es la que dice a sus miembros en qué consiste la vida. Delbanco establece tres fases de la civilización estadounidense, y lo hace al contemplar la esperanza fundamental de cada época, que bautiza como “Dios, el país y yo mismo”. En la primera era, “la esperanza se manifestaba por medio de un discurso cristiano que daba sentido al sufrimiento y al placer por un igual, y que prometía librar de la muerte”. En la segunda fase, “la Ilustración eliminó el concepto de un Dios personal... y lo sustituyó... por el de una nación deificada”. Esta segunda fase, que según Delbanco sólo empezó a desaparecer en la década de 1960, transfirió a Estados Unidos unos paradigmas más antiguos sobre su condición sagrada, de modo que llegó a verse a sí mismo como «la nación redentora», cuyo sistema de gobierno y su forma de vida eran una esperanza para todo el mundo.

Hoy día, la necesidad de trascendencia y de sentido se ha distanciado de todo aquello que es más importante que el yo individual y de su libertad para ser lo que desea. Entre la gente joven, el punto de vista “América es lo primero”, propio de los mayores que agitaban las banderas, ya es historia. Ahora, la vida consiste en crear un yo mediante la maximización de la libertad individual frente a las limitaciones de la comunidad.

El análisis cultural de Delbanco es básicamente un estudio de la idolatría. La era del “yo” explica por qué la maximización de los beneficios ha adquirido el poder del que goza. Ahora, vemos la complejidad de lo que nos conforma y nos motiva. Toda “esperanza” cultural dominante que no sea el propio Dios es un dios falso. Por lo tanto, los ídolos no sólo adoptan una forma individual; también pueden ser colectivos y sistémicos. Cuando estamos totalmente inmersos en una sociedad de personas que consideran que adorar a un ídolo concreto es normal, es casi imposible discernir cuál es este.

No debemos pensar que una cultura es menos idólatra que otra. Las sociedades tradicionales tienden a convertir la unidad familiar y el clan en un ente absoluto, último. Esto puede conducir a asesinatos por honor, la consideración de las mujeres como objetos y la violencia contra los homosexuales. Las culturas occidentales, seculares, convierten la libertad individual en un ídolo, lo cual conduce a la ruptura de la familia, al materialismo desbocado, al fomento de la carrera profesional a toda costa y a la elevación a la condición de ídolo del amor romántico, la belleza física y el beneficio económico.

¿Cómo nos pueden esclavizar nuestros ídolos culturales? Delbanco señala que, al principio de nuestra historia, la sociedad giraba en torno a Dios y a la religión. La respuesta a nuestro problema cultural debe ser una dosis mayor de religión, ¿no? No necesariamente. La idolatría está tan extendida que también domina esta área.

Los ídolos de nuestra religión

Un ídolo es algo a lo que le pedimos las cosas que sólo puede darnos Dios. La idolatría funciona ampliamente dentro de las comunidades religiosas cuando la verdad doctrinal se eleva al rango de falso dios. Esto sucede cuando las personas se fundamentan en la rectitud de su doctrina para decidir cómo las ve Dios, en lugar de hacerlo sobre el propio Dios y su gracia. Es un error sutil, pero letal. El indicio de que usted ya ha caído en este tipo de autojustificación es que se convierte en lo que el libro de Proverbios llama un “escarnecedor”. Los escarnecedores siempre manifiestan desprecio y desafío a sus adversarios, en lugar de gracia. Esto es una señal de que no se consideran pecadores salvos por gracia. En lugar de eso, su confianza en la justicia de sus puntos de vista les hace sentirse superiores.

Otra forma de idolatría dentro de las comunidades religiosas convierte en dios falso los dones espirituales y los progresos en el ministerio. Los dones espirituales (el

talento, la capacidad, el rendimiento, el crecimiento) a menudo se confunden con lo que la Biblia denomina “frutos” del Espíritu (amor, gozo, paciencia, humildad, valor, templanza).¹⁰³ Incluso los líderes religiosos que creen intelectualmente “Soy salvo sólo por gracia” pueden llegar a sentir en su corazón que su posición delante de Dios depende en gran medida del número de vidas que cambien en el mundo.

Otro tipo de idolatría religiosa tiene que ver con la propia vida moral. Como ya he argumentado ampliamente en otro lugar,¹⁰⁴ la naturaleza por defecto del corazón humano le induce a intentar controlar a Dios y a los demás mediante la conducta moral. Como hemos llevado una vida de virtud, sentimos que Dios (y las personas a las que conocemos) nos deben su respeto y su apoyo. Aunque podemos quedar bien diciendo que Jesús es nuestro ejemplo y nuestra inspiración, aún seguimos mirándonos a nosotros mismos y procurando salvarnos mediante nuestro esfuerzo moral.

Delbanco explica cómo el gran cambio cultural que conocemos con el nombre de Ilustración abandonó la ortodoxia religiosa y puso en el lugar de Dios cosas como el sistema estadounidense o la realización individual. Los resultados no han sido positivos. Colocar la Nación en lugar de Dios conduce al imperialismo cultural, y poner el Yo en lugar de Dios lleva a muchas de las dinámicas disfuncionales que hemos mencionado en este libro.

¿Por qué abandonó nuestra cultura a Dios como su esperanza? Creo que se debió a que nuestras comunidades religiosas han estado, y siguen estando, llenas de esos dioses falsos. Crear un ídolo a partir de la precisión doctrinal, el éxito en el ministerio o la rectitud moral conduce a un conflicto interno constante, a la arrogancia y al fariseísmo, y a la opresión de aquellos que no piensan igual. Estos efectos tóxicos de la idolatría religiosa han provocado el desafecto extendido del mundo respecto a la religión en general y el cristianismo en particular. Pensando que ya hemos dado una oportunidad a Dios, nos volvemos a otras esperanzas, lo cual tiene consecuencias devastadoras.

La misión de Jonás

No solamente tenemos que enfrentarnos a los ídolos de nuestro corazón. Los dioses colectivos de la cultura y de la religión pueden reforzar los ídolos personales, creando una combinación ponzoñosa. Un pobre joven que se siente indefenso como persona puede ser presa fácil de los movimientos sociales que alimentan el odio racial y religioso. Una joven a quien su familia no ama, y que ha crecido en la cultura del consumismo, de la imagen y del glamour, puede verse afectada por un trastorno alimentario. Los ídolos que nos impulsan son complejos, tienen muchas capas y, en gran parte, están ocultos a nuestros ojos.

Quizá el mejor ejemplo de esto en la Biblia es el que hallamos en la famosa historia de Jonás. La mayoría de personas cree que se trata de una lección de escuela

dominical para los niños, sobre un hombre al que se tragó un gran pez. Por el contrario, es una narrativa muy bien construida sobre los ídolos que motivan nuestros actos en muchos niveles, apartándonos de Dios incluso cuando pensamos que hacemos su voluntad. Lo realmente impactante de la historia llega al final de todo, mucho después de que Jonás haya dejado atrás al pez. La primera frase del libro, muy ingeniosa, nos introduce en un argumento lleno de tensión dramática.

Vino palabra de Jehová a Jonás hijo de Amitai, diciendo: Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y pregona contra ella; porque ha subido su maldad delante de mí. (Jonás 1:1-2)

Por 2 Reyes 14:25 sabemos que Jonás había llamado al rey israelita Jeroboam a seguir una política militar expansionista para ampliar las fronteras del país. Sus contemporáneos, Amós y Oseas, se oponían a la corrupción de las administraciones monárquicas. Sin embargo, Jonás parece haber ignorado deliberadamente las fechorías del rey, movido por su celo nacionalista para aumentar el poder y la influencia de su país.¹⁰⁷ A semejante profeta le dejaría anonadado el mandamiento de Dios que le ordenaba ir a la ciudad de Nínive y predicar en ella.

Nínive era la ciudad más poderosa del mundo, la sede del imperio asirio, cuyo ejército amenazaba con conquistar Israel y las naciones vecinas. En Israel, hacer algo que beneficiara en cualquier sentido a Asiria se hubiera considerado un suicidio. Aunque la misión sólo consistía en “pregonar contra” la ciudad por su maldad, no habría habido motivos para enviarle una advertencia a menos que hubiese la posibilidad de eludir ese juicio, como Jonás sabía perfectamente (Jon. 4:1-4).

Dios abordaba con misericordia al gran enemigo de su pueblo; es imposible imaginar una misión que contradijera más el sentido común. Para hacer esto, Dios enviaba a un profeta judío patriota; era imposible elegir a un emisario más improbable. Dios le pedía que hiciera algo que Jonás debió considerar desmesurado. Pero aquella era la misión y él era el misionero.

El hombre que huía

Y Jonás se levantó para huir de la presencia de Jehová a Tarsis, y descendió a Jope, y halló una nave que partía para Tarsis; y pagando su pasaje, entró en ella para irse con ellos a Tarsis, lejos de la presencia de Jehová. (Jonás 1:3)

Como contradicción deliberada a la orden de ir al este, a Nínive, Jonás se levantó y se fue a Tarsis, una ciudad situada en el extremo occidental del mundo conocido. Hizo exactamente lo contrario de lo que Dios quiso que hiciera. ¿Por qué? Los motivos internos de Jonás no se nos revelan del todo hasta el capítulo 4, pero en este momento el texto nos ofrece algunas pistas sobre por qué optó por desobedecer tan flagrantemente una orden divina directa.

A Jonás, debía darle miedo fracasar. Dios convocaba a un profeta hebreo solitario para que entrase en la ciudad más poderosa del mundo y la conminase a arrodillarse ante su Dios. El único resultado posible parecía ser la burla o la muerte, siendo la segunda tan probable como la primera. Los predicadores quieren ir donde saben que serán persuasivos.

Sin embargo, seguramente a Jonás le daba el mismo miedo tener éxito en su misión, por pequeño que aquel pudiera ser. Asiria era un imperio cruel y violento. Era un imperio que ya exigía tributo a Israel, a cambio de protección internacional. A Jonás, se le llamaba para que advirtiese a Nínive de la ira de Dios, dándole la oportunidad de sobrevivir y seguir siendo una amenaza para Israel. Como patriota israelita, Jonás no quería participar en esa misión.

Entonces, ¿por qué huyó? La respuesta vuelve a ser que por idolatría, pero de un tipo muy complejo. Jonás tenía un ídolo personal. Anhelaba obtener el éxito en su ministerio más de lo que quería obedecer a Dios. Además, Jonás estaba influido por un ídolo cultural. Antepuso los intereses nacionales de Israel a la obediencia a Dios y el bienestar espiritual de los ninivitas. Por último, Jonás tenía un ídolo religioso: la arrogancia moral. Se sentía superior a los ninivitas, malvados y paganos. No quería que se salvaran. Los ídolos culturales y personales de Jonás se habían fusionado en una amalgama tóxica que estaba totalmente oculto a su vista. Le indujo a rebelarse contra el mismo Dios al que tanto le enorgullecía servir.

Jonás en el abismo

Jonás se subió a un barco para huir de Dios y de su misión. Pero Dios envió una tremenda tormenta que amenazó con hundir la nave (Jon. 1:4-6). Los marineros del barco percibieron que la tempestad era inusualmente violenta, de modo que echaron suertes para averiguar quién había atraído sobre ellos tamaña calamidad. Las suertes señalaron a Jonás.

Y aquellos hombres temieron sobremanera, y le dijeron:

¿Por qué has hecho esto? Porque ellos sabían que huía de la presencia de Jehová, pues él se lo había declarado. Y le dijeron: ¿Qué haremos contigo para que el mar se nos aquiete? Porque el mar se iba embraveciendo más y más. Él les respondió: Tomadme y echadme al mar, y el mar se os aquietará; porque yo sé que por mi causa ha venido esta gran tempestad sobre vosotros. (Jonás 1:10-12)

Temerosos de perder la vida, los marineros hicieron lo que les pidió Jonás. Lo arrojaron al mar y Dios envió a un pez que salvara a Jonás tragándoselo. El pez fue la provisión divina para Jonás. Le dio la oportunidad de recuperarse y arrepentirse. Dentro del pez, Jonás elevó una oración a Dios.

Entonces oró Jonás a Jehová su Dios desde el vientre del pez, y dijo: Invoqué en mi angustia a Jehová, y él me oyó; desde el seno del Seol clamé, y mi voz oíste... Entonces dije: Desechado soy de delante de tus ojos; mas aún veré tu santo templo... Los que siguen vanidades ilusorias, su misericordia abandonan. Mas yo con voz de alabanza te ofreceré sacrificios; pagaré lo que prometí. La salvación es de Jehová. Y mandó Jehová al pez, y vomitó a Jonás en tierra. (Jonás 2:1, 4, 8-10)

Jonás habló de quienes “siguen vanidades ilusorias”... Los ídólatras eran aquellas personas a las que Dios había pedido a Jonás que fuese a ver a Nínive. Pero entonces dijo algo notable sobre ellas: que los ídólatras “olvidan su chesedh”. Chesedh es el término hebreo que habla del amor de Dios en su pacto, su gracia redentora e incondicional. Este término se había empleado para describir la relación de Dios con Israel, su pueblo. Ahora, Jonás dice que los ídólatras olvidan “su propia gracia”. La idea de que la gracia de Dios era de ellos tanto como suya le alcanzó como un rayo. ¿Por qué? Porque la gracia es gracia. Si es una gracia auténtica, nadie es digno de ella, lo cual los hacía a todos iguales. Y al darse cuenta de esto, añadió: “¡La salvación viene sólo del Señor!”. No pertenece a una raza o a una clase de personas, y los religiosos no la merecen más que los que no lo son. No se debe a ninguna cualidad o mérito que tengamos. La salvación sólo viene del Señor.

En esta oración, detectamos un indicio misterioso de que Jonás había mirado en su interior. Según él, ¿qué impide la entrada de la gracia en una vida? La idolatría. Entonces, ¿cómo es que el propio Jonás se había equivocado hasta tal punto en su forma de entender la voluntad y el corazón de Dios? La respuesta es: debido a su idolatría. Su miedo al fracaso personal, su orgullo en su religión y su amor inquebrantable por su país se habían fundido en un compuesto idolátrico y mortal que cegaba su vista espiritual para que no viera la gracia de Dios. Como resultado, no quería extender esa gracia a toda una ciudad que la necesitaba. Quería verlos muertos a todos.

La raza y la gracia

El orgullo racial y cultural no pueden coexistir con el evangelio de la gracia. Se excluyen mutuamente, una cosa repele a la otra. Debido a la naturaleza del corazón humano, que siempre intenta justificarse, es natural que consideremos que las características de nuestra cultura o clase son superiores a las de todo el mundo. Pero el evangelio contrarresta esta tendencia natural.

Esto lo vemos en la confrontación entre Pablo y Pedro y Gálatas 2. Pedro, apóstol judío, había sido educado para ver a los gentiles como “impuros” espiritualmente, personas con quienes no debía comer. En las culturas de la antigüedad, comer con alguien simbolizaba la apertura y la aceptación. Cuando Pablo vio que Pedro se negaba a cenar con los gentiles cristianos, le reprendió por su racismo. Pero, ¿cómo lo hizo? No le dijo: “Estás trasgrediendo las normas sobre el racismo”, sino más bien que Pedro “no actuaba conforme al evangelio” (Gá. 2:14).

Pablo sostenía que el prejuicio racial negaba el mismísimo principio de la salvación por gracia. Decía: “Pedro, si todos somos salvos sólo por gracia, ¿cómo puedes sentirte superior a nadie? ¿Cómo puedes excluir a otros en virtud de su raza y su nacionalidad? ¡Usa el evangelio que llevas en el corazón!”. Por supuesto, Pedro conocía el evangelio hasta cierto punto, pero en un nivel más profundo aquel no le había influenciado por completo. No caminaba rectamente conforme a la verdad del evangelio.

Quienes no están seguros en Cristo buscan salvavidas espirituales con los que respaldar su confianza, y en esa búsqueda frenética no sólo se aferran a los despojos de la capacidad y la justicia que encuentran en sus vidas, sino que se fijan en su raza, su membresía en un partido, sus parejas familiares, sociales y eclesiales, y su cultura, usándolos como medio para autorrecomendarse. Se visten con su cultura como si fuera una armadura contra las dudas sobre sí mismos, pero se convierte en una camisa de fuerza mental que se adhiere a la carne y nunca se puede quitar, si no es mediante la fe integral en la obra salvadora de Cristo.

En el vientre del pez, Jonás empezó a entender lo que se había perdido, y por qué se había mostrado tan reacio al llamado originario de Dios. A Jonás, se le llamó a ir predicar la gracia a la ciudad más grande del mundo, pero él mismo no había asimilado esa gracia. Magullado y humillado, empezó a descubrir la verdad. La salvación es por gracia y, por consiguiente, estaba disponible para todo el mundo. Parece ser que, cuando comprendió todo esto, sus ídolos culturales desaparecieron. Y justo entonces, el pez le vomitó en tierra. El profeta Jonás tenía una nueva oportunidad.

El final impactante

Vino palabra de Jehová por segunda vez a Jonás, diciendo: Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y proclama en ella el mensaje que yo te diré. Y se levantó Jonás, y fue a Nínive conforme a la palabra de Jehová. Y era Nínive ciudad grande en extremo, de tres días de camino. Y comenzó Jonás a entrar por la ciudad, camino de un día, y predicaba diciendo: De aquí a cuarenta días Nínive será destruida. Y los hombres de Nínive creyeron a Dios, y proclamaron ayuno, y se vistieron de cilicio desde el mayor hasta el menor de ellos. (...) Y vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino; y se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo. Pero Jonás se apesadumbró en extremo, y se enojó. (Jonás 3:1-5, 10; 4:1)

Ahora, llega la parte de la historia que normalmente pasamos por alto. Dios ordenó de nuevo a Jonás que acudiera a Nínive y esta vez él obedeció. Allí, empezó a predicar y, para sorpresa de Jonás y la nuestra propia, los habitantes de la ciudad respondieron. Empezaron a arrepentirse y algunos dijeron: “¿Quién sabe si se volverá y se arrepentirá Dios, y se apartará del ardor de su ira, y no pereceremos?” (v. 9). El

resultado fue que la ciudad se volvió “de su mal camino”, que el versículo 8 describe como “la rapiña que hay en sus manos”. La nación de Asiria era extremadamente violenta, pero aquí, al menos temporalmente, manifestó su remordimiento y su voluntad de reforma.

Dios tuvo misericordia de ellos. No hay ninguna indicación de que los ninivitas se hicieran judíos ni que se convirtiesen para servir plenamente al Dios de Israel. No pasó nada de esto y, sin embargo, Dios no les castigó; hasta tal punto predomina su voluntad de salvar en vez de castigar.

Cualquiera que leyera este relato habría esperado que el libro acabase con esta nota maravillosa. Más allá de toda esperanza, Jonás había regresado de los muertos y había cumplido su misión; los ninivitas se habían arrepentido y mostraban indicios de que se apartarían de su violencia y de su imperialismo, y Dios había demostrado lo misericordioso que es con todos los pueblos. Lo único que faltaría para rematar la historia sería un último versículo, Jonás 3:11: “Y Jonás se volvió a su propia tierra con regocijo”.

Pero no es esto lo que sucedió. El verdadero impacto del relato llega en el momento que debería haber constituido el mayor triunfo de Jonás. Había predicado a la ciudad más poderosa del mundo y la había puesto de rodillas, literalmente. Sin embargo, la reacción positiva de Nínive a la predicación de Jonás le enfureció hasta el punto de acusar a Dios de ser malo, ¡y pidió que le matase en aquel mismo lugar!

Pero Jonás se apesadumbró en extremo, y se enojó. Y oró a Jehová y dijo: Ahora, oh Jehová, ¿no es esto lo que yo decía estando aún en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis; porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal. Ahora pues, oh Jehová, te ruego que me quites la vida; porque mejor me es la muerte que la vida. (Jonás 4:1-3)

Al final se revelan plenamente las motivaciones del corazón de Jonás.

“¡Lo sabía!”

“¡Sabía que eres un Dios compasivo, que perdona enseguida, que anhela salvar, que tiene una paciencia constante! ¡Sabía que no podía fiarme de ti! ¡Por eso, huí al principio! Tenía miedo de que, si presentaba a un Dios como tú a esas personas y ellos hacían aunque fuera el más pequeño gesto de arrepentimiento, los perdonarías.

“¡Ya he tenido bastante! ¡Quítame la vida!”. En la Biblia, no encontramos un discurso más impactante que este, o quizá ni siquiera en toda la literatura de la antigüedad. Por fin, había quedado al descubierto el ídolo de Jonás, revelando su aborrecimiento de esa raza y esa nación.

Jonás odiaba hasta tal punto a la raza asiria que consideraba que lo peor que

podía pasar es que Dios les perdonase. Estaba dispuesto a confrontar a los ninivitas con su pecado y a acusarles, pero no podía amarlos. No quería que se salvaran; no quería que recibiesen la misericordia de Dios.

¿Qué sucedió? En el vientre del pez, Jonás había empezado a entender la idea de que todos los seres humanos son indignos del amor de Dios por un igual, y por consiguiente todos ellos tienen el mismo acceso a la gracia divina. Pero las idolatrías de Jonás se habían reafirmado con creces. Su aceptación de la gracia de Dios en el capítulo 2 había sido sobre todo intelectual: no había penetrado en su corazón. Jonás representa una advertencia de que los corazones humanos nunca cambian rápida o fácilmente, incluso cuando el mentor directo de una persona es Dios. De la misma manera que Pablo tuvo que reprender a Pedro por su incapacidad de usar el evangelio para acabar con su racismo, Dios todavía no había acabado su obra en Jonás.

Alguien dijo una vez que si usted quiere averiguar en qué punto de su sótano hay ratas, no debería bajar los escalones lentamente, haciendo mucho ruido. Entonces mirará a su alrededor y no verá nada. Si quiere saber realmente qué pasa allí abajo, tiene que sorprenderlas: baje corriendo y saltando los escalones. Entonces verá un montón de colitas que se escabullen a toda prisa. Por lo tanto, la verdadera naturaleza de nuestros corazones se revela bajo presión, en las experiencias de la vida real. Por ejemplo, todos los cristianos dicen y creen que Cristo es su salvador; no lo es su carrera profesional ni su riqueza. Lo importante es lo que Cristo piense de nosotros, no la aprobación humana. Esto es lo que decimos. Pero, si bien, Jesús es nuestro salvador en principio, hay otras cosas que siguen reclamando su poder sobre nuestros corazones. Jonás nos demuestra que una cosa es creer el evangelio con nuestras mentes y otra grabarlo en lo profundo de nuestros corazones de modo que afecte a todo lo que pensamos, sentimos y hacemos. En gran medida, a Jonás le seguía controlando la idolatría.

Los ídolos, el pensamiento y el sentimiento

La idolatría ha distorsionado el pensamiento de Jonás. Se lanza a una perorata que la mayoría de personas consideraría desmesurada. ¡¿Cómo podía Jonás estar furioso porque Dios es compasivo, amoroso y paciente?! Por el mismo motivo por el que se podía engañar tan fácilmente a un Jacob enamorado o por el que el codicioso Zaqueo podía traicionar a su país y a quienes le rodeaban. Todos estaban cegados por sus ídolos.

Cuando un ídolo toma el control de su corazón, crea una serie de definiciones espurias del éxito y el fracaso, de la felicidad y la tristeza. Redefine la realidad en sus propios términos. Casi todo el mundo piensa que un Dios todopoderoso de amor, paciencia y compasión es algo positivo. Pero si, debido a su ídolo, su bien último es el poder y el estatus de su pueblo, entonces todo aquello que se interponga en ese

camino es, por definición, malo. Cuando el amor de Dios le impidió aplastar a los enemigos de Israel, Jonás, motivado por su ídolo, se vio forzado a considerar que el amor de Dios era negativo. Al final, los ídolos pueden conseguir que llamemos bien al mal y mal al bien.

Los ídolos no sólo distorsionan nuestros pensamientos, sino también nuestros sentimientos.

Y Jehová le dijo: ¿Haces tú bien en enojarte tanto? Y salió Jonás de la ciudad, y acampó hacia el oriente de la ciudad, y se hizo allí una enramada, y se sentó debajo de ella a la sombra, hasta ver qué acontecería en la ciudad. Y preparó Jehová Dios una calabacera, la cual creció sobre Jonás para que hiciese sombra sobre su cabeza, y le librase de su malestar; y Jonás se alegró grandemente por la calabacera. Pero al venir el alba del día siguiente, Dios preparó un gusano, el cual hirió la calabacera, y se secó. Y aconteció que al salir el sol, preparó Dios un recio viento solano, y el sol hirió a Jonás en la cabeza, y se desmayaba, y deseaba la muerte, diciendo: Mejor sería para mí la muerte que la vida. Entonces dijo Dios a Jonás: ¿Tanto te enojas por la calabacera? Y él respondió: Mucho me enoja, hasta la muerte. (Jonás 4:4-9)

Jonás salió de la ciudad que despreciaba y se hizo un refugio contra el sol. Seguía teniendo la esperanza de que Dios se arrepintiera de su benevolencia y acabara con Nínive. Pero ahora a Dios le preocupaba Jonás. Permitió que creciera una calabacera, planta de crecimiento rápido, que proporcionaron sombra y frescor a su refugio. El verdor y la comodidad fueron un alivio para el profeta abatido. Pero entonces Dios introdujo en su vida otra decepción, aunque a menor escala, haciendo que la planta muriese. Las emociones de Jonás estaban tan magulladas que este nuevo desencanto volvió a llevarle al borde de la locura. Una vez más, estaba demasiado furioso para seguir viviendo. Esta vez, cuando Dios le preguntó si su ira estaba justificada, Jonás respondió que sí, que “se enojaba hasta la muerte”.

Dios le confrontó con la realidad. No le dijo que la ira sea mala, dado que él mismo habla regularmente de su “ira ardiente” contra la injusticia y la maldad. Sin embargo, la ira de Jonás era injustificada y desproporcionada.

La idolatría distorsiona nuestros sentimientos. De igual manera que los ídolos son cosas buenas que se han convertido en objetivos últimos, los deseos que generan nos paralizan y sobrepasan. Los ídolos generan creencias falsas, como “Si no consigo X, mi vida no tendrá sentido”, o “Como he perdido Y o he fracasado en Z, nunca volveré a ser feliz o jamás me perdonarán”. Estas creencias magnifican las decepciones y los fracasos ordinarios convirtiéndolos en experiencias que destruyen la vida.

Existe una culpa legítima, que se elimina mediante el arrepentimiento y la restitución, y luego tenemos una culpa falsa que parece irremediable. Cuando la gente afirma: “Sé que Dios me perdona, pero yo no puedo perdonarme”, lo que quieren decir es que le han fallado a un ídolo, cuya aprobación es para ellos más importante

que la de Dios. Los ídolos funcionan como dioses en nuestras vidas, de modo que, si convertimos en nuestro dios nuestra profesión o la aprobación de nuestros padres, y luego fracasamos, el ídolo nos maldice desde nuestro corazón durante el resto de nuestras vidas. No podremos quitarnos de encima la sensación de fracaso.

Cuando la idolatría se proyecta al futuro, cuando algo o alguien amenaza a nuestros ídolos, esto nos produce un temor y una angustia paralizantes. Cuando se proyecta al pasado, cuando fallamos a nuestros ídolos, conduce a una culpa irremediable. Cuando la idolatría se proyecta en la vida presente, cuando las circunstancias bloquean o derriban nuestros ídolos, nos sume en la ira y el desespero.

Todo esto es lo que pasaba en el corazón de Jonás. ¿Por qué había perdido su voluntad de vivir? Uno no pierde el deseo de vivir a menos que su vida carezca de sentido. El sentido de su vida era la liberación de su país. Este es un deseo positivo, pero se había convertido en algo supremo. Por consiguiente, los asirios le provocaban un odio y una ira inconcebibles, porque eran un obstáculo para alcanzar el ídolo. Ahora, los que provocaban la ira y el desespero de Jonás eran Dios y su misericordia, porque el Señor era una barrera omnipotente hacia el futuro de Israel que Jonás anhelaba.

El auténtico Jonás

Y dijo Jehová: Tuviste tú lástima de la calabacera, en la cual no trabajaste, ni tú la hiciste crecer; que en espacio de una noche nació, y en espacio de otra noche pereció. ¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales? (Jonás 4:10-11)

Dios presentó a Jonás el hecho de que a este le molestaba más que el sol le hubiera quemado la piel que aquellos miles de personas que “no saben discernir entre su derecha y su izquierda”. Su amor idolátrico por su propio país y su arrogancia moral habían acabado con la compasión que sintiera Jonás por las grandes ciudades y naciones del mundo. Lo único que le importaba era su propio país.

Dios era distinto. Concluyó su instrucción de Jonás estableciendo un contraste deliberado entre el profeta y él mismo. Había pedido a Jonás que abandonara su zona de confort y su seguridad, y que fuese por amor a ministrar a un pueblo que podría hacerle daño. Al principio, Jonás no quiso ir y luego accedió, pero sin compasión. Dios le dijo: “Puede que tú no sientas compasión por esa ciudad, pero yo sí”. Dios dejó claro que pensaba amar a aquella ciudad malvada y violenta de un modo que Jonás había rehusado amarla.

¿Qué significaba eso? ¿Cómo hizo Dios lo que no hizo Jonás?

Siglos más tarde, alguien que entró en la historia anunció a sus asombrados

oyentes que él era el último Jonás (Mt. 12:39-41). Cuando Jesucristo vino al mundo, abandonó la zona de confort por antonomasia, para ministrar a un pueblo que no sólo podía hacerle daño, sino que se lo iba a hacer. Y para salvarles, tendría que morir por ellos. Mientras que se pensó que el Jonás originario había muerto, Jesús murió de verdad y luego resucitó. Esto fue lo que Jesús definió como la señal de Jonás (Mt. 12:31).

Consideremos en qué otro sentido Jesús fue el Jonás postrero. En Marcos 4, leemos un relato de la vida de Jesús que evoca deliberadamente la historia del Antiguo Testamento. Se produjo una tremenda tormenta y, al igual que Jonás, Jesús dormía en medio de ella. Como los marineros, los discípulos de Jesús se sintieron aterrados y le despertaron para decirle que iban a morir. En ambos casos, la tormenta se aplacó milagrosamente y los que estaban en el barco fueron salvos por el poder de Dios.

Pero veamos la gran diferencia. A Jonás, le arrojaron solamente a una tempestad de viento y agua. Sin embargo, en la cruz, Jesús fue arrojado a la tormenta por definición: toda la justicia y el castigo divinos que merecemos por nuestras malas obras. Cuando lucho con mis ídolos, pienso en Jesús, que inclinó voluntariamente su cabeza frente a la tormenta definitiva, afrontándola directamente por mí. Se sumergió en aquella tormenta de espanto para que yo no tuviese que volver a temer ninguna tormenta de mi vida. Si hizo eso por mí, sé que mi valor, mi confianza y mi misión en la vida descansan en él. Las tormentas de este mundo pueden arrebatarme muchas cosas, incluso mi vida física, pero no mi Vida.

Dios dejó entrever a Jonás que pensaba amar a las grandes ciudades del mundo, a las perdidas, de un modo que Jonás no lo haría. En el evangelio de Jesucristo, el auténtico Jonás, Dios cumplió esa promesa.

Jonás y nosotros

El libro de Jonás acaba con una pregunta. Dios pregunta a Jonás:

“Tu amor, ¿no debería ser como el mío? ¿Dejarás de ensimismarte, abandonarás tu idolatría y empezarás a vivir para mí y para otros?”. Esperamos una respuesta a esta pregunta, ¡pero nunca llega! Porque el libro acaba ahí.

Este final es brillante y satisfactorio. Es satisfactorio porque no hace falta que nos preguntemos si Jonás se arrepintió y vio la luz. Eso es lo que debió hacer. ¿Cómo lo sabemos? Bueno, ¿cómo conoceríamos su historia a menos que Jonás se la hubiera contado a otros? ¿Y quién iba a contar una historia en la que queda como un necio malvado en todo momento, sino un hombre cuyo corazón se vio conquistado por la gracia de Dios?

Entonces, ¿por qué no se plasma la respuesta de Jonás en su libro? Es como decir que Dios apunta una flecha de cariñosa represión al corazón de Jonás, la lanza

y, de repente, Jonás se desvanece y nosotros estamos en la trayectoria. La pregunta va dirigida directamente a nosotros, porque tanto usted como yo somos Jonás. Estamos tan esclavizados a nuestros ídolos que no nos importan las personas que son diferentes, que viven en las grandes ciudades o que incluso forman parte de nuestra familia pero son difíciles de amar. ¿Estamos dispuestos a cambiar como hizo Jonás? Si es así, debemos mirar al Jonás último y a su señal, que es la muerte y la resurrección de Jesucristo.

El final de los dioses falsos

No hay nada más habitual

El ministro británico David Clarkson, que vivió en el siglo XVII, predicó uno de los sermones más exhaustivos y penetrantes sobre los dioses falsos que se haya escrito jamás. Al hablar sobre la idolatría, dijo: “Aunque pocos lo reconozcan, no hay nada más habitual”. Si pensamos en nuestra alma como una casa, dijo él, “los ídolos están presentes en todas las habitaciones, en todas las facultades”. Preferimos nuestra propia sabiduría a la de Dios, nuestros deseos a la voluntad divina, y nuestra reputación al honor de Dios. Clarkson observó las relaciones humanas y constató que tenemos tendencia a hacerlas más influyentes e importantes para nosotros que el propio Dios. De hecho, demostró que «muchos incluso convierten a sus enemigos en su Dios... cuando les preocupa mucho, les angustia y les confunde la sensación de que los hombres amenazan su libertad, sus estados y sus vidas»; esto les preocupa más que el descontento de Dios. El corazón humano es, sin duda, una cadena de montaje de ídolos.

¿Hay alguna esperanza? Sí, siempre que nos demos cuenta de que a los ídolos no se los puede derribar sin más. Debemos sustituirlos. Si lo único que intenta es desarraigarlos, vuelven a crecer; pero se los puede sustituir. ¿Por que o quién? Por el propio Dios, por supuesto. Pero con el término Dios no me refiero a una creencia general en su existencia. La mayoría de personas la tiene, pero, sin embargo, sus almas están repletas de ídolos. Lo que necesitamos es un encuentro vivo con Dios.

Jacob, con quien nos encontramos en el capítulo 2, sin duda creía en Dios, pero necesitaba algo más para derrotar a los dioses falsos que le esclavizaban. En Génesis 32, lo encontró. Este es uno de los relatos más poderosos y dramáticos de la Biblia. También es uno de los más misteriosos, pero es evidente que es el eje central de la vida de Jacob.

El hermano que regresó

Jacob huyó a un país lejano y, a pesar de muchos problemas, logró prosperar. Sin embargo, su tío Labán y sus primos estaban resentidos con Jacob y le tenían celos (Gn. 31:1-2). Se dio cuenta de que tendría que marcharse o enfrentar conflictos, quizá incluso a un conflicto violento. Al final, decidió regresar a su tierra natal junto con su amplia familia, sus dos esposas, Lea y Raquel, y todos sus siervos y rebaños de ovejas y vacas.

El autor de Génesis incluye una trama secundaria breve, pero importante, sobre la esposa de Jacob, Raquel, que, cuando partieron, robó los ídolos familiares a su padre Labán (Gn. 31:19).

¿Por qué lo hizo? A lo mejor, fue una especie de seguro espiritual. Quizá Raquel pensó que el Señor la ayudaría la próxima vez que tuviera un problema, como parecía ayudar a Lea; pero, si no era así, acudiría a los otros dioses. Sin embargo, al Señor no se le puede añadir a la vida como un recurso más contra los fracasos. No es un recurso más que podamos usar para alcanzar nuestros objetivos. Él es toda una agenda nueva. Raquel no había aprendido esto. La familia que llevaría al futuro la salvación del Señor tenía graves lacras y necesitaba la gracia.

Jacob partió rumbo a su tierra natal acompañado por toda su familia y sus bienes. A medida que se acercaba, recibió algunas noticias alarmantes. “Vinimos a tu hermano Esaú, y él también viene a recibirte, y cuatrocientos hombres con él” (Gn. 32:6). Parecía que se habían hecho realidad los peores temores de Jacob.

¿Por qué motivo acudiría Esaú a recibirle con un pequeño ejército si no fuera para atacarle? Se puso en acción. Primero, oró pidiendo ayuda a Dios. Luego, envió un enorme regalo de cabezas de ganado a Esaú, junto con algunos siervos. Después de eso, dividió a su familia y su compañía en dos, pensando que, si Esaú atacaba a una mitad, la otra tendría tiempo para huir (Gn. 32:7-8). Después de todos los preparativos, y de que ambas mitades de su grupo fueran enviadas por delante, Jacob se sentó para pasar la noche a solas.

La lucha por una bendición

Para Jacob, el día siguiente constituyó el punto culminante de toda su vida. Se había pasado los años enfrentado a Esaú. En el vientre de su madre, los gemelos Esaú y Jacob se habían mostrado inusualmente activos, “luchando” uno con otro (Gn. 25:22). Mientras crecían, Jacob rivalizó con Esaú para obtener el favor y el amor de su padre así como el honor y el liderazgo de su familia. Su padre siempre favorecía a Esaú por encima de Jacob, y hay pocas cosas que hieran más a un hijo. Por fin, llegó el día en que Isaac debía dar a Esaú la bendición ritual que acompañaba a su primogenitura, la parte del león de las posesiones familiares. Sin embargo, Jacob se

disfrazó de Esaú y engañó a su padre, casi ciego, el tiempo suficiente como para inducirle a pronunciar la bendición. Entonces, huyó. Cuando Esaú descubrió lo sucedido, juró matar a Jacob. Por lo tanto, este tuvo que huir al exilio para salvar la vida.

¿Por qué robó Jacob la bendición de Esaú? A los lectores modernos, les resulta difícil entender sus motivos. Sin duda, Jacob era consciente de que pronto descubrirían su artimaña y de que Isaac nunca le hubiera entregado a él la mayor parte de la riqueza familiar. Lo único que obtuvo Jacob fue la afirmación ceremonial.

¿Por qué renunció a tanto a cambio de tan poco? Creo que se debió a que Jacob, aunque fuera mediante un engaño, quería oír que su padre le dijese: “¡Me deleito en ti más que en cualquier otra persona de este mundo!”. Por lo tanto, todo ser humano precisa una bendición. Todos necesitamos que una fuente externa nos ofrezca la seguridad de que tenemos un valor único. El amor y la admiración de aquellos a los que usted más quiere y admira superan a cualquier recompensa. Buscamos esa profunda admiración y la esperamos de nuestros padres, nuestro cónyuge y nuestros compañeros.

La vida de Jacob había consistido en un largo combate para que alguien le bendijera. Se había enfrentado a Esaú para escuchar esa bendición de labios de su padre. Había luchado con Labán para encontrarla en el rostro de Raquel. Pero no había funcionado: seguía necesitado y vacío por dentro. Las relaciones dentro de su propia familia eran turbulentas. Su forma de idolatrar a Raquel y a sus hijos había envenenado las vidas de Lea y de sus hijos, y daría un amargo fruto en el futuro.

Y, ahora, Esaú iba de camino hacia él, aquel hombre que le había apartado del amor de su padre, su herencia, su destino, su felicidad. Y venía con un ejército. Mañana se libraría la última batalla. No es de extrañar que Jacob quisiera pasar a solas su última noche y prepararse para el día del ajuste de cuentas. Pero aquella noche, en las tinieblas profundas, fue atacado inesperadamente por una figura solitaria, con la que luchó durante horas.

El desconocido misterioso

Esta historia dramática se nos describe sucintamente:

Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba. Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba. Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices. Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob. Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido. Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Declárame ahora tu nombre. Y el varón respondió: ¿Por qué me preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel; porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi

alma. Y cuando había pasado Peniel, le salió el sol; y cojeaba de su cadera. (Génesis 32:24-31)

¿Quién era ese personaje misterioso? El narrador oculta deliberadamente su identidad al lector, pero deja unas cuantas pistas. Primero, vemos el “toque” poderoso (v. 28). El término hebreo traducido como “tocó” significa literalmente un contacto o golpecito leve. El otro luchador no tuvo más que tocar suavemente la cadera de Jacob con su dedo y aquella se salió de su coyuntura, dejándole cojo de por vida. Ahora, se hizo evidente que el contendiente había estado conteniendo su fuerza para no matar a Jacob. Tenía un poder enorme, sobrehumano.

Además, aquel personaje insistió en que debía marcharse antes del alba. ¿Por qué? Jacob sabía que nadie podía contemplar el rostro de Dios y vivir (Éx. 33:20). Más tarde, Jacob se dio cuenta de que ese era el motivo de que su adversario quisiera irse antes de la salida del sol. Fue para la protección del propio Jacob, porque, como él dijo, “vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma”. Esto puede significar que, gracias a la escasa claridad del cielo que precede al alba, pudo distinguir las líneas del rostro del luchador divino antes de que este se desvaneciera. Si hubiera visto el rostro de Dios a la clara luz del día, habría muerto.

Superando la debilidad

Jacob reconoció con quién luchaba: ¡el propio Dios! Cuando se dio cuenta, y vio que salía el sol, Jacob realizó lo más impresionante que había hecho jamás. No lo más razonable, que hubiera sido gritar: “¡Déjame, déjame ir! ¡No quiero morir!”. En lugar de eso, hizo exactamente lo opuesto. Se aferró con fuerza a su adversario y dijo: “¡No dejaré que te vayas hasta que me bendigas!”.

Jacob vino a decir algo de este tenor:

¡Qué tonto he sido! Esto es lo que he estado esperando toda la vida. ¡La bendición de Dios! La busqué en la aprobación de mi padre. La busqué en la belleza de Raquel. Pero estaba en ti. Ahora, no te dejaré marchar hasta que me bendigas. Eso es lo único importante. Me da lo mismo morir en el proceso, porque, si no tengo la bendición de Dios, no tengo nada. Nada puede sustituirla.

Como resultado, leemos que Dios “lo bendijo allí”. Son unas palabras hermosas y misteriosas. En la Biblia, una bendición siempre es oral, de modo que Dios debió poner esas palabras en el corazón de Jacob. ¿Cuáles fueron? No se nos dice. ¿Se parecieron a la voz que pronunció la bendición desde el cielo al gran descendiente de Jacob, “Tú eres mi hijo amado, en quien tengo complacencia”? (Mr. 1:11) No conocemos las palabras exactas, pero no hay nada más grande que la bendición de Dios. Y Jacob se alejó como la propia imagen de alguien que ha creído al evangelio, porque quedó cojo de por vida, pero lleno para siempre. Había sido humillado, pero, al mismo tiempo, enaltecido.

¡Así que Jacob venció! “Porque has luchado con Dios... y has vencido”. Fue victorioso porque, una vez descubrió la divinidad de aquel luchador misterioso, no huyó, sino que se aferró más a él. Por fin, Jacob obtuvo la bendición que había anhelado toda la vida. Poco después, Jacob se encontró con Esaú y su banda de hombres, y se sintió aliviado al descubrir que su hermano había acudido a recibirle en paz y a darle la bienvenida al hogar. Por tanto, aquella lucha había concluido.

La debilidad de Dios

A estas alturas, el lector de la vida de Jacob puede sentirse confuso. En ningún episodio de su vida aparece Jacob como un héroe. Nunca se comportó como un ejemplo moral; en lugar de eso, siempre actuó de maneras necias, arteras o incluso depravadas. No parecía merecer ni una sola bendición de Dios. Si Dios es santo y justo, ¿por qué mostró gracia a Jacob? ¿Por qué tuvo que fingir debilidad para evitar matarlo, le dio luego pistas sobre quién era y acabó bendiciéndole por el único motivo de que Jacob no le soltaba?

Encontramos la respuesta a nuestras preguntas más tarde en la Biblia, cuando el Señor volvió a aparecerse como hombre. Allí, en las tinieblas, con Jacob, Dios fingió debilidad para respetarle la vida. Pero, en las tinieblas del Calvario, el Señor se apareció como hombre y se hizo realmente débil para salvarnos. Jacob se aferró a su adversario, obediente, incluso a riesgo de perder la vida, con objeto de obtener una bendición para él. Pero, cuando se enfrentó a la cruz, aunque podría haberla evitado, Jesús siguió adelante, obediente, aun a costa de su vida, para obtener una bendición no para él, sino para nosotros.

Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu. (Gálatas 3:13-14)

¿Cómo es que Jacob pudo acercarse tanto a Dios y no morir? Fue porque Jesús se hizo débil y murió en la cruz para pagar el castigo por nuestro pecado. La bendición de Dios, hecha a Abraham, “viene... por medio de Cristo Jesús, de modo que podamos recibir la promesa del Espíritu”. ¿Qué era esa “promesa del Espíritu”? Más adelante, en Gálatas, Pablo escribe que “Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama:

¡Abba, Padre!” (Gá. 4:6). Abba era el diminutivo arameo de “padre”, que podría traducirse como “papá”. Es un término que expresa la confianza que tiene un niño pequeño en el amor de su padre. Pablo dice que, si creemos al evangelio, el Espíritu de Dios hará que su amor y su bendición sean una realidad existencial en su corazón.

¿Has escuchado la bendición de Dios en lo más íntimo de su ser? Las palabras “tú eres mi hijo amado, en quien tengo complacencia”, ¿son para ti una fuente inagotable de alegría y de fortaleza? ¿Has sentido que Dios te habla por medio del Espíritu Santo? Esta bendición, a través del Espíritu que es nuestro gracias a Cristo, es la que recibió Jacob y es el remedio exclusivo contra la idolatría. Esta bendición es lo único que hace que los ídolos sean innecesarios. Como en el caso de Jacob, normalmente descubrimos esto sólo después de una vida de “buscar la bendición en todos los lugares equivocados”. A menudo, hace falta una experiencia de debilidad aplastante para descubrir por fin la bendición. Por eso, muchas de las personas más bendecidas por Dios cojean mientras bailan de puro gozo.

Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. (1 Corintios 1:25)

Identifica y sustituye tus ídolos

La importancia de discernir los ídolos

Es imposible comprender tu corazón o tu cultura si no disciernes a los dioses falsos que influyen en ella. En Romanos 1:21-25, el apóstol Pablo nos enseña que la idolatría no es sólo un pecado entre muchos y nos dice cuál es el problema fundamental del corazón humano:

Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias... ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador. (Romanos 1:21, 25)

Pablo prosigue haciendo una larga lista de pecados que generan tristeza y maldad en el mundo, pero todos hunden sus raíces en esta tierra, el impulso humano inexorable de “crear dioses”. En otras palabras, la idolatría siempre es el motivo de que hagamos algo mal. Nadie entendió esto mejor que Martín Lutero. En su Catecismo mayor (1529) y en su Sermón sobre buenas obras, escribió que los Diez Mandamientos empiezan con un mandamiento contra la idolatría. ¿Por qué ocupa el primer lugar? Porque, sostenía él, la motivación fundamental de la ilegalidad es la idolatría. Siempre que transgredimos uno de los otros mandamientos, desobedecemos también el primero. ¿Por qué no logramos amar, cumplir las promesas o vivir de forma altruista?

Por supuesto, la respuesta general es “porque somos débiles y pecadores”, pero la respuesta concreta en toda circunstancia actual es que existe algo que nosotros sentimos que debemos tener para ser felices, algo que para nuestro corazón es más importante que el propio Dios. No mentiríamos si antes no hubiésemos hecho que algo (la aprobación humana, la reputación, el poder sobre otros, los beneficios económicos) fuera más importante y valioso para nuestros corazones que la gracia y el favor de Dios. El secreto para cambiar es identificar y dismantelar los dioses falsos de su corazón.

Resulta imposible entender una cultura sin discernir sus ídolos. Los filósofos judíos Halbertal y Margalit dejan claro que la idolatría no es solamente una forma de adoración ritual, sino toda una sensibilidad y un patrón de vida basado en valores finitos y en convertir las cosas creadas en absolutos divinizados. Por consiguiente, en la Biblia apartarse de los ídolos siempre supone el rechazo de la cultura que producen aquellos. Dios dice a Israel que no sólo deben rechazar los dioses de otras naciones, sino que tampoco “harás como ellos hacen” (Éx. 23:24). No hay manera de retar a los ídolos sin caer en la crítica cultural, ni hay modo alguno de hacer una crítica cultural sin discernir los ídolos y desafiarlos.

Un buen ejemplo de esto es la predicación de Pablo en Atenas (Hch. 17) y

Éfeso (Hch. 19). Pablo retó a los dioses de la ciudad de Éfeso (Hch. 19:26), lo cual produjo una perturbación tan grande en las pautas consumistas de los nuevos conversos que alteró la economía local. Esto, a su vez, provocó un alboroto dirigido por los mercaderes de la zona. Los observadores contemporáneos han destacado a menudo que los cristianos modernos son tan materialistas como todos los demás miembros de nuestra cultura. ¿Podría deberse a que nuestra predicación del evangelio no incluye, como lo hacía la de Pablo, la denuncia de los dioses falsos de nuestra cultura?

La identificación de los ídolos

No estoy preguntando si tenemos o no dioses rivales. Doy por hecho que todos los tenemos; están ocultos en todos nosotros.¹¹⁹ La pregunta es: ¿qué hacemos al respecto? ¿Cómo debemos actuar para gozar de una vista cada vez más penetrante en vez de seguir sometidos a su poder? ¿Cómo podemos vernos libres de nuestros ídolos de modo que tomemos decisiones sólidas y sabias que sean lo mejor para nosotros y para quienes nos rodean?

¿Cómo discernir nuestros ídolos?

Una de las vías consiste en usar la imaginación. El arzobispo William Temple dijo en cierta ocasión: “Su religión es lo que hace en su soledad”.¹²⁰ En otras palabras, el verdadero dios de nuestro corazón es el punto al que se dirigen nuestros pensamientos, sin esfuerzo por nuestra parte, cuando no hay nada más que exija prestar atención. ¿En qué le gusta soñar despierto? ¿Qué ocupa su mente cuando no tiene nada más en que pensar? ¿Sueña con ascensos profesionales? ¿En bienes materiales como la casa de sus sueños? ¿En la relación con una persona concreta? Uno o dos sueños de este tipo no son indicativos de la idolatría. Pregúntese, más bien, en qué piensa habitualmente para obtener el gozo y el confort en la privacidad de su corazón.

Otra forma de discernir el verdadero amor de su corazón es fijarse en cómo gasta su dinero. Jesús dijo: “Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mt. 6:21). Su dinero fluye sin esfuerzo hacia el máximo amor de su corazón. De hecho, la señal identificativa de un ídolo es que usted gasta demasiado dinero en él y debe intentar controlarse sin cesar. Como ha escrito Pablo, si Dios y su gracia son lo que usted ama en el mundo, dará su dinero al ministerio eclesial, a obras de beneficencia y a los pobres, en cantidades asombrosas (2 Co. 8:7-9). Sin embargo, la mayoría de nosotros tiende a gastar demasiado en ropa, en nuestros hijos o en símbolos de posición social, como hogares y coches. Nuestros patrones de consumo revelan nuestros ídolos.

Una tercera manera de identificar a los ídolos es la más eficaz para quienes han profesado su fe en Dios. Seguramente, va de forma periódica a un lugar de adoración. Puede que tenga un conjunto completo y devoto de creencias doctrinales.

A lo mejor, se esfuerza de verdad en creer y obedecer a Dios. Sin embargo, ¿cuál es su salvación real, diaria y funcional? ¿Para qué vives en realidad, cuál es tu dios real, no el que profesas? Una buena manera de discernir esto es ver cómo reaccionas ante las oraciones sin respuesta y a las esperanzas frustradas. Si pide algo que no recibe, puede entristecerse o sentirse decepcionado. Entonces, sigue adelante con su vida. Pero, cuando ora y lucha por algo y no lo obtiene, y reacciona con una ira explosiva o un desespero profundo, seguramente habrá descubierto a su dios verdadero. Como Jonás, se enfurece hasta el punto de desear la muerte.

Hay una prueba final que funciona para todo el mundo. Fíjese en sus emociones más incontrolables.

De la misma manera que un pescador sabe que debe ir donde el agua esté agitada, busca tus ídolos en el fondo de tus emociones más dolorosas, sobre todo las que nunca parecen abandonarte y que te impulsan a hacer cosas que sabe que están mal. Si está furioso, pregúntate: “¿Hay algo aquí demasiado importante para mí, algo que debo tener a toda costa?”. Haz lo mismo cuando sientas miedo intenso, desesperación y culpa. Pregúntate: “¿Siento tanto miedo porque veo amenazado algo que hay en mi vida y que yo considero una necesidad aunque no lo es? ¿Me siento tan abatido porque he perdido algo o he fracasado en un objetivo que creo que es una necesidad cuando no lo es?”. Si trabaja demasiado, si se agota debido a una actividad frenética, pregúntate: “¿Siento que debo conseguir eso para considerarme realizado e importante?”. Cuando te formules preguntas como estas, cuando “arranca de raíz sus emociones”, por así decirlo, a menudo te darás cuenta de que tus ídolos se encuentran agarrados a ellas.

David Powlison escribe:

...esa pregunta tan básica que Dios formula a todo corazón humano: “¿Ha habido algo o alguien que, aparte de Jesucristo, ha reclamado la confianza funcional de su corazón, su preocupación, su lealtad, su servicio, su miedo y su alegría?”. Las preguntas... sacan a la superficie algunos de los sistemas idolátricos de las personas. “¿A qué o a quién recurre para obtener una estabilidad que sustente su vida, la seguridad y la aceptación?... ¿Qué quiere y espera de verdad [de esta vida]? ¿Qué le haría feliz [de verdad]? ¿Qué le convertiría en una persona digna de aceptación? ¿Dónde busca el poder y el éxito?” Estas preguntas, y otras parecidas, revelan si servimos a Dios o a los ídolos, si buscamos la salvación en Cristo o en salvadores espurios.

Sustituir a los ídolos

En la epístola de Pablo a los Colosenses, les exhortó a “hacer morir” los malos deseos del corazón, incluyendo “la avaricia, que es idolatría” (Col. 3:5). Pero, ¿cómo hacerlo? Pablo les señaló el camino en los versículos anteriores.

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría. (Colosenses 3:1-5)

La idolatría no consiste solamente en no obedecer a Dios: es poner todo el corazón en algo aparte de Dios. Esto no se puede remediar sólo arrepintiéndose de tener un ídolo, o usando la fuerza de voluntad para intentar vivir de forma distinta. Apartarse de los ídolos no es menos que esas dos cosas, pero también es mucho más. “Poner la mira y el corazón en las cosas de arriba”, donde “vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:1-3), significa que aprecia, se regocija y descansa sobre lo que Jesús ha hecho por nosotros. Conlleva la adoración gozosa, un sentido de la realidad divina en la oración. Jesús debe volverse más hermoso para su imaginación, más atractivo para su corazón, que su ídolo. Esto es lo que sustituirá a sus dioses falsos. Si desarraiga el ídolo y no “planta” el amor de Cristo en su lugar, el ídolo volverá a crecer.

El regocijo y el arrepentimiento deben ir de la mano. El arrepentimiento sin regocijo conducirá al desespero.

El arrepentimiento sin regocijo es superficial y sólo ofrecerá una inspiración transitoria en vez de un cambio profundo. Ciertamente, si nos regocijamos en el amor sacrificado de Jesús por nosotros es cuando, paradójicamente, estamos más convencidos de nuestro pecado. Cuando nos arrepentimos por miedo a las consecuencias, en realidad no sentimos el pecado, sino que nos compadecemos de nosotros mismos.

El arrepentimiento basado en el miedo (“Mejor que cambie para que Dios no me castigue”) es, en realidad, autocompasión. Al usar el arrepentimiento basado en el temor, no aprendemos a odiar el pecado por sí mismo, y este no pierde su capacidad de atracción. Sólo procuramos no cometerlo para no sufrir. Pero cuando nos regocijamos por el amor sacrificado, sufriente, de Dios por nosotros, viendo lo que le costó salvarnos del pecado, aprendemos a odiar el pecado por lo que es. Entendemos qué le costó a Dios nuestro pecado. Lo que más nos asegura el amor incondicional de

Dios (la muerte costosa de Jesús) es lo que más nos convence de la maldad del pecado.

El arrepentimiento fundado en el temor hace que nos odiamos a nosotros mismos. El arrepentimiento basado en el gozo nos hace odiar el pecado.

Regocijarse en Cristo también es esencial, porque los ídolos casi siempre son cosas buenas. Si hemos convertido en ídolos nuestro trabajo y a nuestra familia, no queremos dejar de amarlos. Más bien, deseamos amar a Cristo tanto que nuestros apegos ya no nos esclavicen. En la Biblia, “regocijarse” es algo mucho más profundo que simplemente estar contento por algo. Pablo nos instruyó a “regocijarnos en el Señor siempre” (Fil. 4:4), pero esto no significa “sentirse siempre felices”, dado que nadie puede ordenar a una persona que siempre le embargue una emoción concreta. Regocijarse es atesorar algo, evaluar lo que vale para nosotros, reflexionar sobre su belleza y su importancia hasta que nuestro corazón descansa sobre ello y guste su dulzura. “Regocijarse” es una manera de alabar a Dios hasta que el corazón se endulce y repose, y hasta que se desprenda de cualquier otra cosa que piense que necesita.

Ten paciencia

Creo que este proceso ocupará el resto de nuestras vidas. En las décadas de 1960 y 1970, al oeste de Pennsylvania se estaba construyendo la Interestatal 76. Mi esposa, Kathy, a menudo recorría esa ruta en coche, desde su hogar en Pittsburgh a su universidad en Meadville, Pennsylvania, y hasta el lugar donde su familia iba de vacaciones, junto al lago Erie. Durante años, la carretera quedó sin terminar en un punto, donde había un pantano especialmente problemático. Al menos en una ocasión, los obreros aparcaron una excavadora en lo que parecía tierra firme. Sin embargo, a la mañana siguiente descubrieron que se había hundido. A menudo, cuando clavaban pilotes en un intento de llegar a la roca madre, estos desaparecían.

Nuestros corazones son así. Pensamos que hemos aprendido sobre la gracia, hemos dejado a un lado a nuestros ídolos y hemos alcanzado un punto en el que servimos a Dios no por lo que nos dará, sino por ser quien es. En cierto sentido, nos pasamos toda la vida pensando que hemos alcanzado el fondo de nuestros corazones, y descubriendo que es un falso fondo. Los cristianos maduros no son las personas que ya han llegado a la roca madre. No creo que eso sea posible en esta vida. Más bien, se trata de personas que saben cómo seguir excavando y que cada vez se acercan más.

El gran pastor y compositor de himnos John Newton escribió en cierta ocasión sobre esta lucha:

Si hablo por propia experiencia, descubro que mantener mi vista en Cristo, como mi paz y mi vida, es con mucho la parte más difícil de mi llamamiento...

Parece más sencillo negarse a uno mismo en mil casos de conducta externa que en sus esfuerzos constantes por actuar como principio de justicia y de poder.

El hombre o la mujer que conoce la diferencia a la que se refiere Newton (la diferencia entre obedecer las normas de conducta externa en lugar de poner el corazón en Cristo como su paz y su vida) va por el camino que lleva a la liberación de los falsos dioses que nos controlan.

